

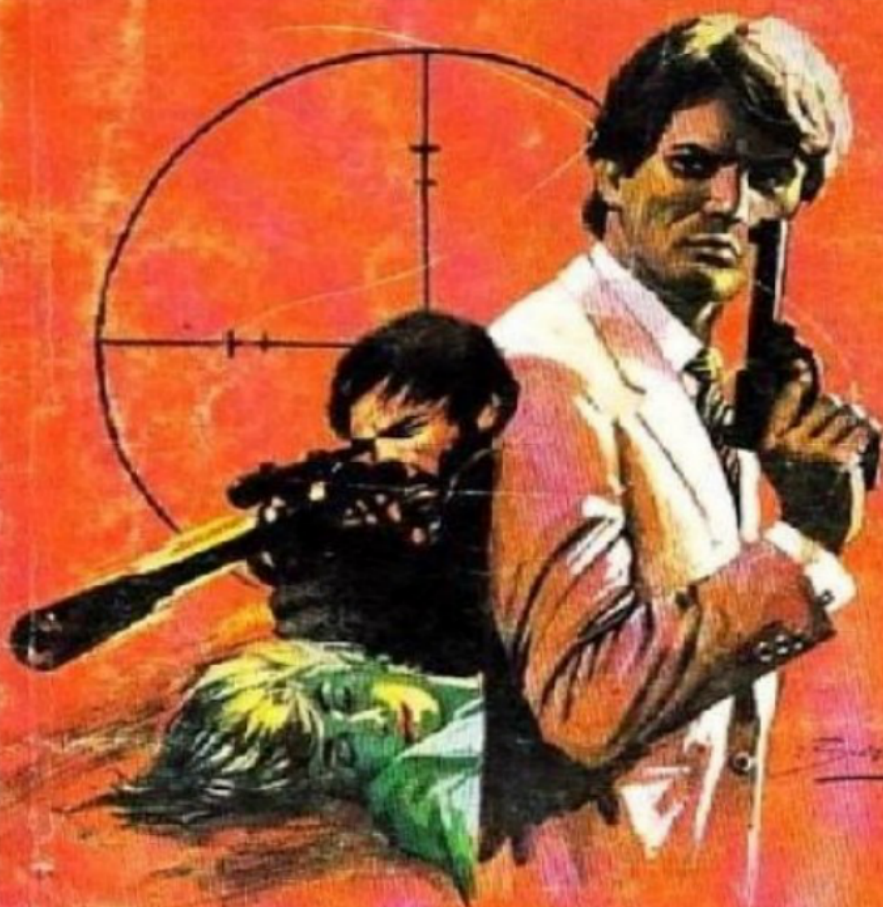
**BRU
GUE
RA**

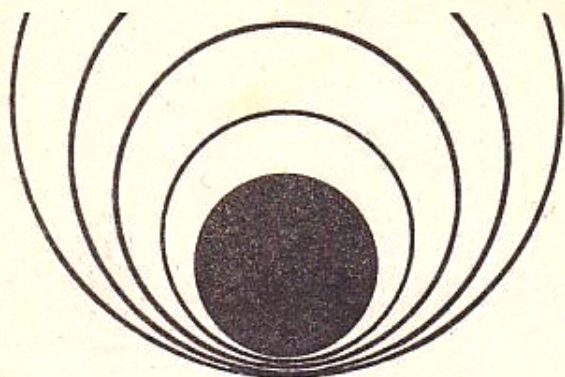
BOLSILIBROS

POLICIACO

SECUESTRO EN MIAMI

Adam Surray





PUNTO ROJO



ADAM SURRAY

SECUESTRO EN
MIAMI

Colección PUNTO ROJO n.º 1.102
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS -
MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.707

— Cerco
sangriento.

En
Colección
SALVAJE
TEXAS:

878 — El último de los McClure.

En Colección KANSAS:

1.258 —

Voluntarios
para morir. En
Colección
PUNTO
ROJO:

1.085

—
Diablos
del
asfalto.

En
Colección
COLORADO:

1.141 — Escrito con sangre.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

573 — La dama del Cimarrón.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

552 — Pistolero con niño.

En Colección CALIFORNIA:

1.392 — La colina de los hombres muertos.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 13.826-1983
Impreso en España Printed in Spain
1.a edición: junio, 1983
2.a edición en América: diciembre, 1983

©

Adam
Surray

-

1983
texto

©

Bernal

-

1983
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPITULO PRIMERO

Cuatro meses.

Todo un récord para un hombre como Alan Skerritt. Ni él mismo imaginaba alcanzar tanto tiempo como detective en el Lamar Hotel. Aquello no era lo suyo. Odiaba el trabajo fijo y rutinario. El relacionarse con los millonarios que acudían a uno de los mejores hoteles de Miami. El figurar en una nómina...; pero de alguna forma había que ganarse los garbanzos.

Alan Skerritt llevaba una mala racha.

Una negra estrella que le perseguía desde hacía ya muchos años. Se puede decir que ya nació con ella. Y no le había abandonado. Una infancia desgraciada y dura en los barrios bajos de Chicago. El esfuerzo de Alan Skerritt por no contaminarse con aquel delictivo ambiente. Su lucha en la jungla de asfalto para no ser devorado. Su deseo por escapar de los estercoleros...

Lo consiguió.

Mientras otros muchos de su edad pasaban horas y horas en los billares y tugurios de Chicago, Alan Skerritt trabajaba por el día, acudía a clases nocturnas y se quemaba las pestañas hasta altas horas de la madrugada. En su mente una sola idea fija. Salir de los estercoleros de Chicago.

Adquirió una buena dosis de cultura. Y con gran facilidad para los idiomas. Francés, español, alemán y algo de ruso. Con semejante bagaje pronto encontró trabajo. Ayudante de conductor. En un tráiler que transportaba fruta por todo Illinois. Siguieron otros empleos. Todos ellos hundiendo más y más la moral de Alan Skerritt.

Hasta que fue llamado para cumplir con sus obligaciones hacia la nación. Fue una buena época. Se ganó la admiración de sus superiores. Un tipo listo. Eso decían todos de Skerritt. Tal vez demasiado listo. Alan Skerritt pasó gran parte de su servicio militar en los calabozos.

Ya fuera de la disciplina militar, decidió sentar cabeza. Tenía un par de buenas recomendaciones. Un puesto de trabajo como administrativo traductor en la Troy Company de San Francisco. Una empresa de exportación e importación. Con un buen sueldo.

Dos meses.

Fue despedido. Con una buena... gratificación. Dos matones

de Lou Troy le propinaron una paliza que le obligó a permanecer tres meses hospitalizado. Alan Skerritt no les denunció. No era prudente hacerlo. Había cometido un grave error. Judith Troy. La esposa del patrón. La mujer del todopoderoso jefe de la Troy Company. El error no fue liarse con Judith Troy, sino el dejarse sorprender por el marido.

Alan Skerritt, en su permanencia en el hospital, fue interrogado repentinamente por la policía para que denunciara a sus agresores. Uno de los más habituales en el interrogar fue el sargento Gary Salkow. Un veterano con muchas horas de vuelo. De inmediato descubrió que Skerritt le mentía. De que no había sufrido el ataque de dos desconocidos con intención de robar. Skerritt y Salkow entablaron una buena amistad. El policía adivinó en Alan Skerritt un diamante en bruto. Un hombre conocedor de la vida en los barrios bajos. Un hombre que bien podía lucir el uniforme de patrullero.

Aquella sugerencia casi hizo romper la amistad entre los dos hombres.

¿Alan Skerritt solicitando su ingreso en la Metropolitan Police?

Aquello era un insulto.

Alan Skerritt odiaba a los policías. Aprendió a odiarlos en Chicago. Cuando apenas contaba cuatro o cinco años de edad. Les recordaba muy bien. Con sus porras. Empujando a su madre hacia un coche celular cuando había redada, golpeando a su padre cuando deambulaba borracho por las calles, deteniendo a los chicos del barrio por robar unas manzanas...

Toda una infancia odiando y escapando de los uniformados agentes de la Metropolitan Police.

Poco importaba estar ahora en San Francisco.

San Francisco, Dallas, Nueva York, Chicago... Todos los policías eran iguales. Al menos para Alan Skerritt.

De ahí que rechazara con fuerza la sugerencia de Salkow, aunque sí reparó en los razonamientos del policía. Ciertamente Alan Skerritt era un individuo acostumbrado a deambular por lugares prohibidos. Con muchos amigos en los barrios bajos. Todo aquello le podía ser de mucha ayuda. No como policía, sino como detective privado.

Y Alan Skerritt consiguió su licencia.

Aquello fue el principio del fin.

La negra estrella continuaba guiando el camino de Skerritt. De fracaso en fracaso. Error en error. Skerritt se consideraba un

paladín. Enfrentándose a las injusticias. Combatiendo a los poderosos. Eso, en una sociedad marcadamente corrompida, se paga irremisiblemente con el fracaso.

California, Texas, Louisiana...

Terminó en Miami. Legalizando su licencia para poder ejercer en el estado de Florida. Su primer trabajo fue defender a unos cubanos que habían sido acusados de robo de mercancías en la empresa donde prestaban servicio. La Taos Electric. Alan Skerritt descubrió a los ladrones. El jefe de almacén y la agencia distribuidora del material eléctrico. Aunque demostrada la inocencia, los cubanos no fueron readmitidos en la Taos Electric. Y no pagaron a Skerritt sus honorarios.

Siguieron otros casos con idéntico o parecido resultado.

Alan Skerritt continuaba de paladín por la vida.

Cierto día decidió solicitar plaza en la convocatoria presentada por la cadena UHM. La todopoderosa Unión Hotelera Mills. Con su red de hoteles y restaurantes diseminados por Miami, Miami Beach, Miami Springs, Golden Beach, Coral Gables, Surfride... extendiéndose incluso hasta St. Petersburg y Tampa.

Alan Skerritt consiguió una de las plazas convocadas y fue destinado al Lamar Hotel. Uno de los principales establecimientos de la cadena UHM.

De aquello hacía cuatro meses.

Y ayer mismo había sido despedido.

Ahora estaba en su pequeño apartamento de la Lynne Avenue. Entre sus brazos la causa del despido. Besándola apasionadamente.

—Alan...

—¿Sí, Sally?

La mujer hizo un mohín. Los ojos nublados. Conteniendo con dificultad las lágrimas que pugnaban por brotar.

—Perdóname, Alan... Yo soy la culpable de...

La mujer no pudo seguir hablando. Sus labios habían quedado aprisionados por los de Skerritt. En volcánico beso. En audaces caricias que terminaron por estremecer el cuerpo femenino. Se aferró a Skerritt. Entrelazados. Paulatinamente quedaron envueltos en una vorágine de voluptuoso placer. Enfebrecidos por el deseo.

Y Alan Skerritt se olvidó de todo. Del Lamar Hotel, de su despido, de sus fracasos, de su negra estrella...

Incluso sonreía feliz cuando Sally depositó un cigarrillo en

sus labios.

—¿Te preparo algo de beber, Alan?

—No estaría mal un whisky. Con mucho hielo.

Sally asintió saltando del lecho.

Fue todo un espectáculo verla abandonar la habitación en traje de Eva. Sally estaba próxima a la frontera de los treinta años. En la plenitud de su belleza. Un cuerpo seductor. Con prominentes senos que todavía se mantenían erguidos y desafiantes, trasero poderoso, amplias y rotundas caderas...

Retornó a los pocos minutos.

Con un largo vaso de whisky donde bailaban dos trozos de hielo.

—No te demores, Alan —dijo la mujer, haciendo subir un diminuto slip por los esbeltos muslos—. No olvides que debo pasar a recoger a Stella al colegio y...

—Gracias por invitarme, pero no voy a ir.

Sally se había inclinado para retirar las medias de seda arrojadas sobre la alfombra.

Se ladeó hacia Skerritt.

—Alan, por favor... No me guardes rencor.

—No seas tonta. Tú no has tenido la culpa de nada. Carl Thompson, el director del Lamar Hotel, me la tenía jurada. No le resultaba simpático. Esperaba cualquier nimiedad para poder despedirme. Ya lo ha conseguido.

—Pero yo...

—Escucha, Sally —interrumpió Skerritt, sonriente—. Tú continúas por el Lamar Hotel. Como si nada hubiera ocurrido. Lógico. Seguirás pagando esa cuota a Logan. Al igual que tus compañeras. Logan, aunque jefe de recepcionistas, no se queda con todo. Apuesto que el mismísimo Carl Thompson saca también tajada. Es un negocio. Los clientes del Lamar Hotel solicitan una chica alegre y bonita. Y el esmerado servicio del hotel cumple los deseos.

—Yo soy una *call-girl*. Carl Thompson te acusó de fomentar la prostitución. De no impedirme la entrada en el hotel.

—Esa fue su disculpa para despedirme. ¿Acaso no vienes ahora del Lamar Hotel?

—Sí... Fue al preguntar por ti cuando Logan me informó de lo ocurrido.

—¿Te prohibió Logan el que volvieras por allí? —ante el movimiento negativo de la mujer, Skerritt añadió—: Todos ellos consiguen un buen pellizco de lo que sacan a ti y a tus

compañeras. No te preocupes por mí. Ya empezaba a aburrirme en el Lamar Hotel.

—¿Hablas en serio?

—Seguro.

—Stella se alegraría de verte —rió ahora Sally, terminando de ajustarse las medias—. Es su cumpleaños. ¡Nueve años, Alan! Mi pequeña Stella ya ha cumplido los nueve años... Lo vamos a celebrar en casa de mis viejos. Con un grupo de amigas de Stella. ¿Por qué no te animas?

—No, Sally. Dale un beso muy fuerte a Stella y le dices que cualquier domingo me pasaré por el internado a verla. Llévale también ese paquete de ahí. No me había olvidado del cumpleaños. Es la pulsera de elefantes pequeños.

Sally manipuló en el vestido. Y de nuevo se ladeó hacia Skerritt. Con ojos nublados.

—Eres muy bueno, Alan. Con Stella, conmigo... Muy diferente a otros. Muy diferente al padre de Stella. A ese maldito hijo de perra que nos abandonó apenas nacer Stella y...

—¡Eh, Sally! —rió Skerritt—. ¿Olvidas tu promesa? No hablar jamás de...

—Sí, tienes razón... Estoy algo nerviosa, Alan. Desde que Logan me contó lo ocurrido contigo. ¡Oh, Alan...! Creo que eres demasiado bueno. Se aprovechan de ti. Ese mismo despido... Tú puedes demostrar que en el Lamar Hotel, y en todos los hoteles de la cadena UHM, acuden... muchachas de compañía para los clientes que lo solicitan. Chicas controladas por el mismo personal del hotel. No te pueden acusar de fomentar algo que ellos... —Vas a llegar tarde. Stella te espera en el internado.

—Sí..., sí... es verdad...

La mujer se situó frente al espejo del armario alisando el ceñido vestido y componiendo los cabellos. Seguidamente se aproximó a la mesa de noche para retirar el pequeño envoltorio que guardó en el bolso de mano. Se inclinó besando fugazmente a Skerritt.

—Hasta pronto, Alan. Cuídate mucho.

—Lo mismo te digo, Sally.

Skerritt, al quedar solo, encendió un nuevo cigarrillo. Permaneció largo tiempo en el lecho. Pensativo.

El futuro se presentaba sombrío.

Tenía pendientes de pago dos meses de alquiler. Junto con varias facturas de su proveedor de comestibles y bebidas.

Y las deudas a Wes Buckner, su corredor de apuestas.

En cuanto a su capital...

No llegaba a los cien dólares. Eso es cuanto le quedaba después de comprar el regalo a la pequeña Stella. Y no estaba arrepentido de ello. Se hubiera gastado hasta el último centavo en Stella.

Consultó el digital de su reloj de pulsera.

Las doce de la mañana.

Buena hora para empezar el día. Máxime ahora. Disponiendo de todo el tiempo del mundo para no hacer nada. Ya no tenía un horario fijo que cumplir. Ya no tenía trabajo.

Se incorporó del lecho.

En el contiguo cuarto de baño se sometió a una prolongada ducha fría. Una estimulante ducha que pareció despejarle la mente. Mientras se afeitaba se contempló en el espejo. Fijamente.

En crítica mirada.

Allí estaba él. Alan Skerritt. Veintinueve años de edad. Un individuo alto. Atlético. De buena fachada. Abundante pelo oscuro con algunos ensortijados mechones asomando sobre la despejada frente. Nariz recta. Labios de fino trazo. Barbilla firme. Ojos claros. De un gris muy tenue. Casi transparentes.

Sí.

Pronto cumpliría los treinta años de edad.

Treinta años de ininterrumpido fracasar. Quedaban las buenas acciones realizadas. Los incontables amigos. El agradecimiento de muchos. Los sempiternos bolsillos vacíos...

Treinta años haciendo el idiota era ya mucho tiempo.

Sally estaba en lo cierto.

«Eres demasiado bueno, Alan.»

Skerritt retornó al dormitorio. Procedió a vestirse. Con el esbozo de una enigmática sonrisa reflejado en el rostro. Había tomado una determinación. Eliminar a Alan Skerritt *el Bueno*. Ya basta de hacer el primo. Sacaría jugo a la vida. Aprovechándose de las ocasiones. Como hacían todos.

Alan Skerritt pasó al salón.

Dispuesto a atizarse otro vaso de whisky para celebrar su determinación. No llegó al mueble-bar. Le interrumpió el llamador de la puerta de entrada al apartamento.

Acudió al living.

Su visitante iba a poner a prueba al nuevo Alan Skerritt.

CAPITULO II

Alan Skerritt fijó la mirada en el individuo.

Un hombre de unos treinta y cinco años de edad. Complexión atlética. Rostro de correctas facciones. De elegante vestimenta. Un traje de excelente corte, fina camisa y corbata de seda. En su diestra un maletín de piel.

Skerritt chasqueó la lengua.

—Lo siento, hermano. No me interesa.

—¡Eh, un momento! —el individuo impidió que Skerritt cerrara la puerta—. No quiero venderle nada.

Alan Skerritt arqueó las cejas.

—¿No vende enciclopedias?

—No.

—¿Cursos por correspondencia? ¿Obras completas en cómodos plazos mensuales...?

—Nada de eso.

Skerritt creía haber catalogado bien a aquella fauna. Tipos de elegante vestimenta que sacaban multicolores catálogos de un maletín mágico. Individuos de mucha labia que, en un abrir y cerrar de ojos, te endosaban la vida sexual de las focas en ocho preciosos tomos.

—¿Qué quiere entonces?

—Alan Skerritt, ¿no?

—Ahá.

—Yo soy Donnalld Gibson. Vengo a proponerle un fabuloso negocio.

—Tampoco me interesa ningún tipo de seguro —advirtió Skerritt, con fuerte suspirar—.

No me interesa nada de cuanto pueda ofrecerme.

—¿Ni tan siquiera cien mil dólares?

Alan Skerritt había hecho ademán de cerrar la puerta al individuo. Detuvo la hoja de madera a mitad de su recorrido. Lo suficiente para dirigir de nuevo una inquisitiva mirada al individuo.

—¿Quiere repetir eso?

—¿No le dice nada mi nombre? —sonrió el visitante.

—Comprendo. Es usted el fulano de la televisión que reparte millones por los hogares donde se compra el...

—No acierta ni una, Skerritt; aunque debo reconocer que mi nombre queda a la sombra del de Paula Mills.

Alan Skerritt parpadeó.

—¿Paula Mills? ¿Está relacionado con la señora Mills?

—Es mi esposa. Bueno... yo soy el esposo de Paula Mills. Así queda mejor. Más propio. Se acentuó el parpadear de Skerritt a la vez que contemplaba con cierto estupor al individuo.

—Pase, señor Mills... ¡Oh, disculpe...!, quiero decir...

Donnald Gibson hizo una mueca.

Muy significativa.

Se adentró en el apartamento moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Tranquilo, Skerritt... Ya estoy acostumbrado a eso. Es mi tributo por haberme casado con una mujer como Paula Mills. ¿La conoce personalmente?

—No he cruzado una sola palabra con ella, pero la vi en el Salón Imperial del Lamar Hotel. En la reunión anual patrocinada por el comité para la convivencia. La señora Mills había cedido gentilmente el salón imperial para el acto. Recuerdo que no esperó al final de la fiesta. Algo ocurrió. Se marchó después de llamar imbécil y cretino al presidente del comité para la convivencia.

—Sí. Esa es Paula Mills. Orgullosa, autoritaria, despectiva con el prójimo... Después de su matrimonio conmigo, sigue utilizando su nombre de soltera. Paula Mills. Igual hizo en su anterior matrimonio. El pobre Charles Sandrich prefirió morir y dejarla viuda antes que seguir soportándola.

Skerritt carraspeó.

—Es una mujer digna de admiración, señor Mil... señor Gibson. Controlar la UHM no es trabajo fácil. Paula Mills heredó todo un imperio. Y no sólo lo mantiene, sino que ha extendido y aumentado el patrimonio. Son más de cien los establecimientos hoteleros propiedad de la Unión Hotelera Mills.

—Ciento cuarenta y cuatro de momento —concretó Donnald Gibson—. Cierto que mi esposa lo controla todo con mano de hierro, aunque cuenta con un buen equipo de colaboradores. Fieles como perros.

—Usted uno de ellos.

—Cierto. Sólo que yo soy perro faldero.

—No quise decir eso, señor Gibson. Me refiero a usted como uno de los más valiosos colaboradores de...

—No me dore la píldora, Skerritt. Yo no soy nada ni nadie en

la UHM. Un objeto decorativo para Paula Mills. Un muchacho joven y atractivo para lucir ante las amistades. Aunque de eso hace ya algunos años. ¿Adivina por qué me casé con Paula Mills?

—¡Ah, el amor...!

—No, Skerritt. ¡Oh, el dinero...!

Alan Skerritt volvió a carraspear.

Acudió al mueble-bar.

—¿Un whisky, señor Gibson?

Donnald Gibson se había dejado caer en uno de los sillones que adornaban el salón. Con el maletín de piel al alcance de su mano.

—Sí, gracias... ¿Le sorprende mi sinceridad, Skerritt? Es un secreto a voces. Soy unos diez años más joven que Paula. Llevamos seis de matrimonio. Yo tenía... Sí, yo tenía treinta años. Paula Mills con sus cuarenta oficiales. Recientemente viuda. Con su hija de catorce años. Se encaprichó de mí, Skerritt. Yo era un muestrario de músculos. Un guaperas de piscina. Iba tras la pasta de Paula Mills. Ya sabe... unos dólares para ropa, un reloj de oro, un deportivo... Yo fui el primer sorprendido. Paula quería casarse conmigo. Y no lo pensé dos veces.

—Oiga... ¿por qué me cuenta todo esto?

Donnald Gibson sonrió.

Aceptando el whisky que le era ofrecido por Skerritt.

—Vamos a ser socios, Skerritt.

—¿Socios...? ¿En qué?

—En el negocio que quiero proponerle. Déjeme continuar... Me estoy confesando con usted, aunque de todos es conocido que soy un gigoló. Se me acepta en sociedad por mi unión con Paula, pero me consideran un parásito y un vividor. No niego que sea cierto, aunque sí me gano con creces lo que recibo. Soportar a Paula Mills es algo que no tiene precio. Y son ya seis años de matrimonio, Skerritt. En ese tiempo las cosas han cambiado. Paula me tiene en un puño. Me suelta los dólares con cuentagotas. Me humilla en público. Me amenaza con arrojarme cualquier día a la calle... Y de seguro lo hará. Un día que se levante con dolor de estómago, solicitaré el divorcio.

—Entonces quedará libre de ella.

—En efecto. Libre... y sin un centavo. Ni tan siquiera me permitirá llevarme un juego de calcetines. Ninguno de sus regalos. Nada saldrá de la fabulosa mansión de Paula Mills.

—Sigo sin entender el motivo de su visita, señor Gibson.

—Estoy en apuros, Skerritt. Tengo algunas deudas de juego.

Debo algo más de veinte mil dólares a Keith Howard.

—¿A Keith Howard? —respingó Skerritt—. ¿Se refiere al jefe del sindicato del vicio?

Donnald Gibson dirigió una nerviosa mirada a izquierda y derecha.

—No grite así... Keith Howard es el propietario de unos casinos y night-clubs.

—Controla el sindicato del vicio. Forma parte de la mafia —sonrió Alan Skerritt—. Eso es también un secreto a voces. Puede figurar como un honrado propietario de casinos de juego, pero sus manos están sucias con la droga, la prostitución organizada y el crimen.

—Entonces ya puede imaginar mi futuro si no pago la deuda a Keith Howard. Me ha dado un plazo de diez días. Le entrego el dinero... o el propio Howard me proporcionará unos zapatos de cemento. Y terminaré en el fondo de la bahía.

—Yo no puedo ayudarle, Gibson. Estoy sin un centavo y sin empleo. Ayer mismo fui despedido de mi puesto de detective en el Lamar Hotel.

—Lo sé. Yo hice que fuera despedido.

—¿Que usted...?

—Le necesito, Skerritt. Soborné al director del Lamar Hotel para que provocara su despido. Resultó fácil. No le resulta simpático a Carl Thompson. Tengo un trabajo mejor para usted. ¿Conoce a Nancy, la hija de Paula Mills?

—No acudo a fiestas de sociedad.

Donnald Gibson rió divertido.

—Nancy es digna hija de su madre. Creo que entre madre e hija acabaron con el pobre Charles Sandrich. Nancy es una niña mimada y caprichosa. Me llevo bien con mi hijastra, pero reconozco que a sus veinte años se comporta como la niña más estúpida e insoportable del mundo. Paula Mills está loca por su hija. Nancy es altiva, ambiciosa, déspota... Su viva imagen. Paula la complace en todo. En todos sus caprichos. Por costosos que sean. Nancy llegó hace unos días de un despilfarrante viaje por Europa. Hoy acude a un baile de disfraces en casa de los Eastman. Irá vestida de diablesa. Muy acorde con su personalidad.

Alan Skerritt vació su vaso de whisky de un solo golpe.

Fijó la mirada en Gibson.

—Oiga... ¿por qué no termina de una vez? ¿Qué quiere de mí?

Donnald Gibson depositó el maletín sobre la cercana mesa. Lo abrió. En su interior varios fajos de billetes.

—Es lo máximo que he logrado reunir, Skerritt. Cinco mil dólares. Para los primeros gastos. Ya nos recuperaremos de ellos con creces. Doscientos mil. Eso es lo que vamos a pedir a Paula. A partes iguales, Skerritt. Mitad a mitad. Cien mil dólares para cada uno. —¿De qué está hablando?

Gibson sonrió.

—El negocio, Skerritt. Usted y yo. Solos. Nadie más entrará en el asunto. Vamos a secuestrar a Nancy y pedir doscientos mil por su rescate. ¿Qué le parece?

Alan Skerritt no respondió.

Había quedado con la boca entreabierta.

* * *

Donnald Gibson se había incorporado del sillón para servirse por su propia mano un segundo vaso de whisky. Se aproximó para palmear la espalda de Skerritt.

—¿Y bien, Alan? Nos tuteamos, ¿verdad...? Espero algún comentario por tu parte. Skerritt terminó por sacudir la cabeza.

—Señor Gibson...

—Donnald, por favor... Llámame Donnald.

—Mejor te llamaré bastardo.

—¿Cómo...?

—Eso es lo que eres, Donnald. Un bastardo. Lárgate. Y tranquilo. No contaré a nadie tus absurdos planes.

—¿Absurdos? ¿Por qué dices eso? Doscientos mil dólares es una cantidad insignificante para Paula Mills. Los soltará sin la menor protesta. Apuesto que ni tan siquiera comunica el secuestro a la policía. Y aunque lo denunciara..., yo estaría allí, Alan. Al tanto de todo. Fingiendo colaborar angustiado. Estaría al corriente de todo. No existiría riesgo alguno para nosotros. ¡Ninguno!

—Lárgate, Donnald.

—¿Qué te ocurre? ¡No puede salir mal, Alan! Tú secuestras a Nancy, la tenemos escondida un par de días y recibimos los doscientos mil. Puede incluso que sea todo cuestión de horas. Contando con mi colaboración todo resultará...

—No lo dudo, Donnald; pero te has equivocado de cómplice. Yo no me dedico a secuestrar jovencitas.

Gibson asintió.

Muy risueño.

—Oh, sí... Tú eres Alan Skerritt, el gran detective. ¿Crees acaso que te he elegido al azar? No, muchacho. Has sido seleccionado por tus cualidades. Un tipo de una honradez que casi parece idiotismo. Sí, Alan. Te pasas de honrado, pero eso me gusta. No quiero a un individuo sin escrúpulos capaz de engañarme o de causar el menor daño a Nancy, —Soy el idiota perfecto, ¿eh?

—No te enfades, Alan. No he querido decir eso. Te he seleccionado como hombre en quien se puede confiar. También tú a mí. Partes iguales, muchacho. ¿Qué respondes?

—¡Vete al diablo!

Gibson parpadeó.

—¿Insinúas...? ¿Rechazas el negocio?

—Soy un tipo honrado —Skerritt cerró el maletín arrojándolo al estupefacto, individuo—. Tú lo has dicho. ¡Y ahora lárgate!

—Pero...

Alan Skerritt fue empujando a su visitante hacia el living. Abrió la puerta del apartamento. —Adiós, Donnal.

—Estás..., estás loco... ¡Maldita sea! ¿Honrado? No... Eres un pobre infeliz... Un pobre idiota... Siempre serás un muerto de hambre, Alan... Un tipo a pisotear por todos...

Skerritt le cerró la puerta en las narices.

Pasó al salón acudiendo al mueble-bar.

Atrapó la botella de whisky, pero detuvo el iniciado ademán de servirse en el vaso. Quedó unos instantes inmóvil.

Pensativo.

Y reaccionó.

Reaccionó corriendo hacia la puerta del apartamento abriéndola precipitadamente. En el corredor aún se encontraba Donnal Gibson. Frente al elevador. En espera de la cabina.

—¡Eh, Donnal...!

Gibson avanzó. Con una suspicaz mueca en el rostro. La acentuó al ver cómo Skerritt le rodeaba los hombros con el brazo introduciéndole de nuevo en el apartamento. —¿Y bien, Donnal? —sonrió Alan Skerritt—. ¿Hablamos más detalladamente del negocio?

CAPITULO III

Miami es una ciudad maravillosa siempre que se tengan los bolsillos repletos. Sin un centavo, se convierte en una ciudad cruel y odiosa. Contemplar a los millonarios tostarse en los lujosos hoteles de Miami Beach o sobre sus yates de recreo, las bellas muchachas bronceadas por tropicales rayos, las partidas de golf en selectos campos, el Gran Miami nocturno... Ver y no disfrutar de todo ello resulta muy triste.

Alan Skerritt empezaba a vivir su nueva faceta de hombre malo.

Primeramente lo había celebrado con un succulento almuerzo en un restaurante de Dixie Park. Regado con exquisito vino y rematado con un brandy francés. También había pagado las dos mensualidades pendientes de alquiler. Y unas cuantas pequeñas deudas.

Todo ello merced a los cinco mil dólares entregados por Donnald Gibson.

Un anticipo para los primeros gastos.

Alan Skerritt sonrió contemplándose en el espejo. Había acudido a la mejor tienda de disfraces de Miami. Y allí encontró un traje a su gusto. El de The Phantom. Su héroe preferido del comic. El hombre enmascarado de la selva. «El espíritu que camina.» Un equipo muy completo.

El traje, cinturón con la calavera y funda con pistola, las botas, el antifaz... Incluso el anillo con la marca del fantasma.

Skerritt se ajustó una larga capa al cuello. Aquello no formaba parte del disfraz, pero le ayudaría a pasar desapercibido. Tampoco importaba mucho. Miami era una ciudad ajena al asombro. Con habitantes acostumbrados a todo. Un lugar cosmopolita donde se daban cita todo tipo de individuos, razas y colores. Desde la vieja dama millonaria que solicitaba la suite nupcial para su perrito al enigmático y reservado individuo con aspecto de espía.

La capa estaba dotada de bolsillo interior en el forro. Allí depositó Skerritt la cartera de mano. En ella estaba la invitación para la fiesta de los Eastman.

Alan Skerritt se encaminó hacia el living.

Minutos más tarde abandonaba el edificio. A poca distancia de

la Lynne Avenue, en una de las bocacalles, estaba estacionado el auto. Un discreto Mercury adquirido horas antes. De octava mano. Un viejo modelo Bobcat del setenta y siete. Comprado a precio de ganga.

Skerritt tenía un Ford Mustang muy bien conservado. En el parking subterráneo del edificio. Un auto registrado a su nombre. El recién adquirido Mercury era vehículo para una sola ocasión. Nadie le relacionaría con él.

Sólo lo iba a utilizar aquella noche.

Para secuestrar a Nancy.

Alan Skerritt sonrió al iniciar la marcha del Mercury. Rememorando el plan trazado por Donnald Gibson. Secuestrar a Nancy en la fiesta de disfraces, introducirla en un auto recién comprado y llevarla a un lugar discreto. Gibson había sugerido uno de los bungalows de Hawn Creek.

Sí.

No era mala idea.

Sólo que para alquilar un bungalow en Hawn Creek había que pagar un mínimo de tres mensualidades junto con un obligado depósito de garantía. Los cinco mil dólares era más que suficiente para todo ello, pero Skerritt no era tan despilfarrador.

Tenía otros planes.

Llevaría a Nancy a su cabaña de pesca. En Stamp Hill. En plena montaña. Una choza abandonada por algún viejo leñador. Alan Skerritt la había descubierto casualmente. Una cabaña destartalada que él adecentó. Sus días libres en el Lamar Hotel los pasaba en aquella solitaria cabaña. Pescando en el río. Lejos del bullicio del Gran Miami. Había trasladado algunos muebles e incluso disponía de una cocina a gas y nevera portátil.

En aquella olvidada cabaña escondería a Nancy.

Donnald Gibson se encargaría de solicitar inmediato rescate. Doscientos mil dólares que iba a sacar a su esposa.

Entonces es cuando entraba en juego el plan de Alan Skerritt. Un plan no conocido por Gibson. No se iba a pagar rescate alguno. Skerritt ofrecería sus servicios de investigador privado a Paula Mills. Comprometiéndose a rescatar sana y salva a Nancy. Desinteresadamente. Sólo por el hecho de haber trabajado para la UHM.

Y Alan Skerritt se presentaría triunfante en la mansión de los Mills. Después de... rescatar a Nancy. Imaginaba el resto. Felicitaciones de la señora Mills, lágrimas de agradecimiento en el rostro de Nancy, el nombramiento como jefe de detectives de

la cadena de hoteles Mills, la correspondiente gratificación en metálico, su nombre en los periódicos...

La sonrisa se fue ampliando en el rostro de Skerritt.

Imaginaba también la cara de Donnald Gibson. Y sin poder decir nada. Sin poder acusarle de que todo era un truco. De que el propio Skerritt había realizado el secuestro fingiendo luego el liberar y rescatar a Nancy. Donnald Gibson no podía decir nada de eso sin temor a ser también descubierto.

Alan Skerritt comenzó a silbar mientras circulaba por Little River. En dirección a OpaLocka. Bordeando ya el Silver Blue Lake.

La ciudad era ya un auténtico hervidero humano. Tráfico intenso en el centro de Miami y en las vías de acceso a la paradisíaca Miami Beach. Infinidad de multicolores luminosos de neón rivalizando con la oscuridad de la noche. Venciéndola. Convirtiendo al Gran Miami en una mágica cascada de luz y color.

Alan Skerritt se colocó el antifaz de Phantom.

Ya estaba próximo a Peck Road. En el 1081 de Peck Road se celebraba la fiesta. En la mansión de los Eastman. Sin duda otra familia que empapelaba las paredes con billetes de cien dólares.

Skerritt volvió a esbozar una sonrisa.

También él empezaba ahora a jugar fuerte. A dejar su ridícula actitud de paladín. Sacar jugo a las oportunidades. Y Donnald Gibson le había proporcionado una. No secundaría su plan, pero sí se aprovecharía de él. Sin hacer al final el papel de villano, sino el de salvador. El de héroe.

Divisó el 1081 de Peck Road.

Imposible no hacerlo.

El bungalow de los Eastman destacaba de entre todos los existentes en la zona. El más extenso de Dolls Boulevard. Con un alto seto-muralla circundando la propiedad. En la enrejada puerta de acceso, un individuo controlaba el paso de vehículos solicitando las oportunas invitaciones e indicando seguidamente el estacionamiento más adecuado.

Alan Skerritt hizo caso omiso a las indicaciones del individuo.

No se dirigió hacia el señalado parking improvisado cerca del bungalow. Estaba en una zona demasiado iluminada. Skerritt enfíló el Mercury hacia la muralla. Allí, en batería y bajo unos árboles, se emplazaban una media docena de vehículos. Y con iluminación no tan potente.

Descendió del Mercury.

Ya había una gran animación en la fiesta.

Por el jardín, en la piscina, en la pista de tenis, por el invernadero... Todo eran gritos, risas y música. Predominaba la gente joven, aunque también algún que otro carroza. Todos ellos con su correspondiente disfraz. Para todos los gustos. Algunos muy originales y otros limitándose al clásico antifaz.

Alan Skerritt deambuló por las mesas del jardín. La capa había quedado en el interior del auto. Ahora lucía en todo su esplendor el disfraz de The Phantom.

En una longitudinal mesa los más variados y exquisitos canapés junto con gran variedad de platos fríos y calientes.

Skerritt tomó uno de los platos procediendo a servirse un poco de todo. Entre bocado y bocado fue paseando por el jardín. En busca de una joven disfrazada de diablo. Contempló divertido toda aquella fauna. Se celebraba la licenciatura de Jeff Eastman. El hijo mayor de los Eastman. A sus treinta y dos añitos, después de reiterados suspensos y no menos recomendaciones, por fin había logrado licenciarse en sus estudios.

Alan Skerritt quedó apoyado en una de las columnas del porche.

Contemplando a una exuberante rubia con disfraz de Eva. Ciertamente original y de un gran impacto. Un disfraz que se limitaba a cuatro hojas de parra. Dos de ellas, muy pequeñas, se sostenían inverosímilmente sobre los voluminosos senos. Dejando muy poco para la imaginación. Las otras dos hojas formaban el más provocativo de los tangas.

—Se lo diré a Diana Palmer.

Alan Skerritt ladeó la cabeza al oír la voz.

Una joven se había situado a su lado. Una belleza de pelo azabache y ojos color del ágata. También había utilizado como disfraz a un personaje del comic. La seductora y peligrosa Vampirella. El audaz y provocativo traje le resultaba muy favorecedor. Incluso tenía un marcado parecido físico con Vampirella. Los ojos, los gatunos pómulos... Sólo le faltaba asomar los colmillos.

—¿Hablas conmigo, Vampi?

La joven rió en cantarina carcajada.

—¿Acaso no conoces a Diana Palmer?

Alan Skerritt correspondió a la risa de la muchacha. Ya casi había olvidado aquel nombre. Diana Palmer. La eterna novia de The Phantom.

—Me abandonó por el rey de los Llongo.

—No seas tonto y pide el divorcio.

—¿Divorcio?

La joven chasqueó la lengua.

—Apuesto que ignoras el matrimonio de Diana con The Phantom.

—¿Se casaron por fin?

—Hace años. Yo estoy muy versada en comic. Hice mi tesis sobre el fascinante mundo del comic; aunque centrándome en los super-héroes. Ya sabes... Superman, Batman y demás.

—The Phantom casado... Has destruido a mi héroe, Vampi. No me cuentes más. No me hables de Mandrake dando el biberón a mellizos o de Flash Gordon en el asilo de ancianos de Marte.

La muchacha volvió a reír.

—¿Quién eres tú...? No consigo identificarte. ¿Amigo de *Ceporro* Jeff?

—¿De quién...?

—Jeff Eastman. En la universidad todos le conocen por... No, tú no eres amigo de *Ceporro* Jeff. No eres de su clase. Tú eres un hombre de carácter. Lo adivino. Apuesto que eres uno de los guardaespaldas de la familia Eastman.

—Tal vez.

Un súbito griterío resonó en el jardín. Todos corrieron hacia la piscina. La joven con traje de Eva se había subido al trampolín. Y se estaba despojando de las hojas de parra. En un *strip-tease* coreado por fuertes risas y aplausos.

Vampirella hizo una mueca.

—La muy... Sharon siempre dando la nota. Eso no gustará a la vieja señora Eastman. No le agradan las inmoralidades.

Alan Skeritt no respondió.

No estaba contemplando el original *strip-tease*.

Había fijado su mirada en el interior de la casa. En uno de los ventanales del bungalow.

Allí encontró lo que estaba buscando.

La muchacha disfrazada de diablo.

Allí estaba Nancy.

* * *

Alan Skeritt había logrado desembarazarse de Vampirella. Se adentró en el bungalow. Dudó unos segundos antes de

orientarse hacia la estancia con ventanal a la parte oeste del jardín. Encontró la puerta cerrada, pero al girar el pomo cedió la hoja de madera.

Penetró en la estancia.

Un amplio salón.

Nancy ya no se encontraba allí.

Alan Skerritt parpadeó en perpleja mirada a izquierda y derecha. Descubrió una pequeña puerta junto al mueble principal.

Acudió hacia allí.

La puerta comunicaba con un pequeño salón de lectura. Muy acogedor. Intimo. Con mobiliario reducido, aunque confortable. Sin ventanal alguno. Un lugar ideal para encontrar paz y tranquilidad.

Y allí estaba la joven diablesa. De espaldas a la puerta. Frente al mueble biblioteca.

Curioseando entre los lujosos tomos.

—Hola, Nancy.

La muchacha giró sobresaltada.

Con un respingo acompañado de leve grito.

Su sorpresa fue de inmediato compartida por Alan Skerritt. Este comenzó a parpadear. Como deslumbrado por la radiante belleza femenina.

En un par de ocasiones había visto a Nancy. Siempre a distancia. En compañía de Paula Mills. En algún acto oficial celebrado en el Lamar Hotel. Y también en fotografías. Nancy era obligada portada en muchas de las publicaciones del corazón. Por sus fastuosas fiestas sociales, sus escandalosos caprichos, por sus continuos romances...

Nunca había estado tan cerca de ella como ahora.

Si las diablesas del Averno eran todas como Nancy, Alan Skerritt se apuntaba desde aquel momento a una plaza en las calderas.

La muchacha lucía un ceñido traje negro satinado en tejido elástico que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel. Con artístico cinturón. Un tejido que presionaba los senos, la tenue curva del vientre, los largos y esbeltos muslos... Calzaba botas negras de altas cañas. Negra también la corta capa con cordón dorado que cubría la espalda. Un ancho antifaz de terciopelo semiocultaba su rostro.

Y también un gracioso y corto rabo acoplado en el ceñido traje.

—¿Quién eres? ¿Cómo sabes que soy Nancy?

Skerritt se aproximó.

Sonriente.

Según informes de Donnalld Gibson, Nancy había mantenido muy en secreto su disfraz de diablo. Un modelito exclusivo confeccionado por su modista particular. Con tejido Helanca especial. Bordados también originales en el cinturón y en los adornos de las botas. Unos dibujos copiados de grabados de libros satánicos. Donnalld Gibson había visto el traje. Y lo había detallado para Skerritt.

—Es fácil adivinarlo, Nancy. Eres la más bella y seductora de la fiesta.

—No consigo adivinar quién eres tú...

—Eso no importa. ¿Qué haces aquí encerrada?

—Tengo un poco de jaqueca. Quise retirarme de todo el bullicio.

Alan Skerritt se inclinó para coger la tabaquera depositada sobre una pequeña mesa. Cigarrillos turcos. Se llevó uno a los labios aplicando seguidamente la llama del encendedor de mesa.

—Dudo que puedas lograrlo, Nancy. Dentro de poco, todas las habitaciones del bungalow estarán copadas. Ocurre en todos los partys. Abundante comida, bebida en exceso... y luego el refugio de las parejas por todos los rincones.

—No conoces a la señora Eastman. Nada de eso ocurrirá aquí. Es una puritana. —Entonces resultará una fiesta muy aburrida. Oye, Nancy..., ¿por qué no nos largamos?

—¿Irnos?

—Conozco un lugar en Miami Beach. Un lugar ideal para las horas bajas. Un local sin bullicio. Con panorámica a los destellos en la bahía, una música de fondo, un Manhattan...

Los gordezuelos labios de la muchacha esbozaron una sonrisa.

—No es mala idea... Ya me he presentado a la señora Eastman, felicitado a Jeff por su éxito...

—A *Ceporro* Jeff, ¿eh?

—¿Cómo?

—Jeff Eastman... *Ceporro* Jeff... ¿No es así como le llaman en la universidad?

—Ah, sí... ¿Quién eres tú? ¿Un compañero de Jeff?

—Ahá. Otro ceporro como él. ¿Nos vamos?

—Si... Estoy deseando salir de aquí —sonrió la joven,

cogiendo un bolso de mano que acopló bajo el ancho cinturón —. ¡Nos vamos!

Abandonaron la estancia.

En el hall principal de entrada al bungalow el bullicio era ensordecedor. Allí se había improvisado una pista de baile que se extendía hasta el salón-comedor. Unas mesas buffet repartidas por todos los rincones, carros de bebidas y la barbacoa del jardín animaban aún más la fiesta. También baile alrededor de la piscina.

—Aquél es mi auto —dijo la muchacha, señalando un Jaguar coupé estacionado en el parking cercano al bungalow—, ¿Te sigo?

Skerritt ya tenía preparada la respuesta.

—Nada de eso. Iremos juntos en tu Jaguar. Dejaré aquí mi auto y mañana pasará a retirarlo. Acompáñame un momento... Me ayudarás a trasladar unos pequeños regalos. Tengo a mi madre, hermana y abuela de santo. Es mañana, ¿sabes? Les he comprado unos regalos y...

Ya estaban caminando hacia la muralla.

Hacia el estacionado Mercury.

Poca iluminación, ningún invitado en la zona...

—¿Por qué no me dices ya tu nombre? ¿Eres un compañero de Jeff?

Skerritt abrió la portezuela trasera del Mercury.

Se hizo a un lado.

—Toma uno de esos paquetes, Nancy.

La muchacha se aproximó.

—Aquí no hay...

No pudo seguir hablando. Recibió el trallazo en la barbilla. Un seco golpe que dejó a la joven sin sentido. No llegó a caer. Fue sostenida por los brazos de Skerritt que la introdujeron en el asiento trasero de! Mercury. Seguidamente la ocultó con la capa.

Alan Skerritt dirigió una mirada a izquierda y derecha.

Nadie.

Su acción había pasado inadvertida.

Se situó frente al volante maniobrando para enfilar hacia la puerta de salida. Esbozó una sonrisa al comprobar cómo dos vehículos más salían en aquel momento del parking del bungalow.

Invitados que abandonaban la fiesta.

Tras ellos pasaría más desapercibido.

Así fue.

El individuo que controlaba la enrejada puerta ni tan siquiera dirigió una mirada al Mercury.

Alan Skerritt, al enfilar Peck Road, apretó a fondo el pedal del gas.

Todo había salido a la perfección.

Ahora llevaría a Nancy a la solitaria cabaña de Stamp Hill, un día de inquietud para Paula Mills y luego su presentación como heroico salvador.

¡Y al diablo con el plan de Donnalld Gibson!

CAPITULO IV

Alan Skerritt, ya en las afueras de Miami, en el inicio de la comarcal hacia Kelly Garden, estacionó al borde de la cuneta. Sólo unos minutos. El tiempo de atar las muñecas de Nancy, colocarle una mordaza y volver a cubrirla con la capa.

La muchacha continuaba sin sentido.

Skerritt, al reanudar la marcha, temió haberle atizado demasiado fuerte. De ahí su amplia sonrisa cuando, poco más tarde, contempló por el espejo retrovisor cómo Nancy pugnaba por incorporarse.

—Hola, Nancy. ¿Cómo te encuentras?

La joven fijó sus ojos en la ventanilla del auto. Todo cuanto le rodeaba era oscuridad. La noche envolvía todo con su negro manto. Sólo fantasmagóricos árboles que tendían tenebrosamente sus ramas.

El Mercury ya circulaba por un estrecho sendero. Sin asfaltar. En plena montaña. Con violentas sacudidas que delataban el desigual terreno.

—Ya estamos llegando, Nancy. Te gustará mi cabaña. Tranquila, sin ruidos, sin vecinos curiosos... Será como una cura de reposo para ti. Nada debes temer. No soy un sádico.

Simplemente quiero un puñado de dólares de tu generosa mamá.

La muchacha
comenzó a sacudir la
cabeza. Con violencia.

Extraños sonidos brotaban de su garganta.

—No te esfuerces, Nancy. No te entiendo nada. Espera un poco más y... ¡Mira! Ahí está. Esa es la cabaña. ¿Qué te parece?

Los faros del auto habían enfocado una choza semioculta por frondosos árboles. Una cabaña construida con troncos. Con una reciente capa de pintura y arreglos en el tejado. También los barrotes del único ventanal delataban su reciente colocación.

—Mi refugio —sonrió Skerritt, deteniendo el auto frente a la cabaña—. No esperes mucho lujo, Nancy. Soy persona modesta.

La joven continuaba moviendo enérgicamente la cabeza. Pugnando por hablar pese a la cinta adhesiva que taponaba su boca.

Alan Skerritt descendió del auto silbando alegremente. Del salpicadero había recogido la cartera de mano sacando de su interior un juego de llaves.

También era nueva la cerradura de la cabaña.

—He invertido mis buenos dólares aquí, Nancy. Pintura, barbotos en la ventana, reforzar las contras, cerradura... Y los muebles.

Skerritt abrió la puerta de la cabaña.

Merced a los encendidos faros del Mercury se adentró con seguridad encontrando de inmediato la lámpara de gas. También había dos quinqués en las paredes.

Iluminó la estancia.

Retornó junto al Mercury desconectando el encendido eléctrico y ayudando a la muchacha a salir del vehículo. Por el brazo derecho condujo a Nancy al interior de la cabaña.

—¿Te gusta, Nancy?

Tras el ancho antifaz de terciopelo parpadearon los verdes ojos femeninos.

Contemplando la estancia.

Al fondo la chimenea. Una mecedora. En el suelo, sobre una alfombra de piel de lobo, varias novelas policíacas, infinidad de *Comic-book* y periódicos. Junto al ventanal un camastro, con una suave manta a cuadros. En el centro una mesa y dos sillas. En uno de los rincones la cocina a gas y la nevera portátil. En un armario gran variedad de latas de conserva, botes de cerveza y alimentos precocinados. Colgando de una de las paredes un par de cañas y utensilios de pesca.

Alan Skerritt quitó la cuerda que sujetaba las muñecas de la muchacha. Esta llevó de inmediato su diestra hacia la cinta adhesiva desprendiéndose bruscamente la mordaza. —¡Idiota...! ¡Rematado estúpido...!

Skerritt sonrió.

—Te aconsejo un poco de calma, Nancy. Estás sangrando por el labio... Te has quitado la cinta a lo bestia. Tienes que...

—¡Yo no soy Nancy...! ¡No soy la hija de Paula Mills!

—Comprendo. Eres la nieta de un diablo.

La muchacha se despojó ahora del ancho antifaz de terciopelo. Descubriendo por completo sus facciones. Un rostro de perfecto óvalo. Seductoramente atractivo. Con una deliciosa nariz respingona.

Alan Skerritt parpadeó.

Pálido.

Sólo había visto un par de veces a Nancy, pero sí en infinidad de fotografías a toda portada en revistas y periódicos.

Y en efecto.

Aquella no era Nancy.

—Santo Dios... ¿quién eres tú?

—Jessica Rowland. Trabajo como administrativa en el departamento de teleproceso de la universidad donde estudia Nancy.

Alan Skerritt cerró unos instantes los ojos a la vez que movía imperceptiblemente los labios. Como si murmurara una oración. Avanzó hacia el camastro. Bajo la almohada estaba la plana botella de whisky. Se atizó un largo trago para seguidamente volver a posar sus ojos en la joven.

—Jessica Rowland...

—Eso es. Has metido la pezuña.

—Te hacías pasar por Nancy. No negaste su nombre cuando yo me presenté. ¿Por qué? —Por doscientos dólares.

—Explicate.

La muchacha respiró con fuerza. Y el ceñido traje, aquel elástico tejido, presionó aún más los turgentes senos. Señalando provocativamente los salientes pezones bajo la tela.

—Muy sencillo. Yo no soy amiga de Nancy. No puedo permitirme ese lujo. La conozco únicamente cuando acude a formalizar algún trámite burocrático en las oficinas. Mis recursos económicos no son amplios. Nancy no quería ir a la fiesta de los Eastman. Parece ser que tenía otros planes más sugestivos. Habló de ellos con su madre, pero la señora Mills la obligaba a ir sin disculpa alguna. Protocolo entre distinguidas familias. La fiesta era para los jóvenes. Una fiesta para celebrar el gran acontecimiento de Jeff Eastman que, por fin, había conseguido graduarse.

—Ya me pareció que ignorabas lo de *Ceporro* Jeff...

—Por supuesto. Mis amistades no son de la alta sociedad. Desconocía ese apodo en Jeff Eastman. Sin duda sólo utilizado entre sus íntimos. Nancy me contrató. Doscientos dólares por acudir a la fiesta de los Eastman con su disfraz. Pasearme por allí, presentar mis respetos a la señora Eastman, felicitar superficialmente a Jeff y luego irme o quedarme a disfrutar de la fiesta. Fingiendo ser Nancy y en el momento de quitarse las máscaras, desaparecer. Estaba deseando salir de allí. No es mi ambiente. Por eso acepté de inmediato tu ofrecimiento.

—Maldita sea...

—Voy a denunciarte a la policía.

Alan Skerritt estuvo en seco su nervioso deambular por la estancia. De nuevo fijó sus ojos en la muchacha.

—Eres muy graciosa, nena. ¿Quién te dice que vas a salir de aquí con vida?

Jessica sonrió.

—No me asustas. Eres un pobre infeliz.

—Comprendo. Te resulto cómico con mi disfraz de The Phantom, ¿verdad? —Alan Skerritt se esforzó por endurecer las facciones y hacer que sus ojos adquirieran un brillo maligno—. Pronto dejarás de sonreír... para siempre.

No logró un brillo peligroso en los ojos, pero sí el que su voz sonara amenazadora y tenebrosa.

Al menos para Jessica.

Borró la sonrisa de su rostro reemplazándola por una mueca de terror.

—No..., no serás capaz...

—Depende de ti, muñeca.

—¿Qué..., qué debo hacer?

La frente de Skerritt se había perlado de diminutas gotas de sudor. Aturdido por todo aquello. Alarmado por lo comprometido de su situación. Hubiera deseado ser realmente The Phantom y perderse en la selva profunda, en su trono de la calavera, rodeado de los enanos envenenadores Bandar, con su fiel Gurán...

Pero sólo era Alan Skerritt.

Y como dijo Jessica, un pobre infeliz.

—Voy a taparte los ojos, Jessica. Eso es lo primero que debo hacer. Ya has visto demasiado de mi refugio.

—Yo... juro que no...

—Te llevaré a Miami —dijo Skerritt, colocando un pañuelo sobre los ojos de la joven y atándolo a la nuca—. Te dejaré cerca de tu casa... Afortunadamente para ti no has visto el camino para llegar hasta aquí. De nada podrás informar a la policía.

—No diré nada a la policía... Nada...,

—Puedes hacer lo que quieras. No has visto mi rostro y son muchas las cabañas de montaña existentes en los alrededores de Miami.

—No pienso decir nada —volvió a repetir Jessica, con atemorizada voz—. No te denunciaré... ¿Qué haces?

—Tranquila. Tú sigue ahí quietecita. Me estoy quitando el

disfraz.

Sí.

Alan Skerritt se estaba cambiando de ropa. La de The Phantom quedó arrinconada. Sustituida por pantalón gris, camisa polo y chaqueta sport.

Las botas de altas cañas por modernos mocasines.

—Voy a volver a sujetar tus manos.

—No, por favor... No lo hagas... No intentaré nada... no intentaré escapar...

Skerritt dudó.

Una fracción de segundo.

—Está bien... No perdamos más tiempo —Skerritt apagó la lámpara de gas y los dos quinqués. Tomó del brazo a la joven para conducirla hacia la salida—. Hay un pequeño escalón... Eso es...

Abrió la portezuela trasera del Mercury.

Ayudó a la muchacha a introducirse en el interior del auto.

—Reclínate en el asiento, Jessica. Te cubriré con la capa. Si te quitas la venda de los ojos, gritas o intentas escapar, te mataré. Tengo una pistola con silenciador en el salpicadero del auto. No dudaré en volarte la cabeza, ¿entendido?

—Sí...

—Ahora estarás quieta todo el camino —Skerritt la cubrió con la capa—. Sin moverte para nada. Ya te avisaré yo cuando puedes hacerlo.

Alan Skerritt cerró la puerta de la cabaña situándose seguidamente frente al volante.

Inició la marcha. Sin dejar de maldecir interiormente.

En buen embrollo se había metido.

Un repertorio de insultos mentales fueron dedicados a Donald Gibson, a su madre y a todos sus antepasados. No debió hacerle caso. No debió escucharle.

Stamp Hill quedó atrás.

Por la comarcal el recorrido fue rápido, pero al enfilar por uno de los accesos principales a Miami, el tráfico se fue haciendo más intenso. La noche siempre era joven en el Gran Miami. Vehículos y más vehículos. De Opa-Iocka a Coral Gables, de Miami Springs a Miami Beach...

La diversión nocturna en el Gran Miami enlazaba con el amanecer en las bellas y paradisíacas calas.

—Jessica...

La muchacha no respondió.

Sin duda aterrada. Había permanecido todo el trayecto inmóvil. Bajo la capa. Casi conteniendo la respiración.

—¡Jessica...! ¡Responde, maldita sea!

—¿Sí...?

—Nos estamos aproximando a Biscayne Park. ¿Dónde quieres bajarte?

—En..., en cualquier parte..., no me importa... Aquí mis- mi si quieres...

Alan Skerritt esbozó una sonrisa.

Compadecido de la muchacha. De buen grado le hubiera dicho que él era incapaz de matar una mosca. Y menos de hacer daño a una joven bonita.

—De acuerdo. Buscaré una calle tranquila.

El Mercury dobló en la tercera bocacalle. Después de recorrer unas cien yardas se detuvo con suavidad.

Alan Skerritt introdujo la diestra en el bolsillo de la chaqueta para sacar el antifaz. Se lo ajustó girando hacia el asiento trasero. Tiró de la capa.

—Ya puedes largarte, Jessica. ¡Y olvídate!

La muchacha tanteó hacia el cierre de la portezuela. Sin atreverse a quitar la venda de los ojos. Fue el propio Skerritt quien se la arrebató.

Jessica descendió del auto.

Sin mirar hacia Skerritt.

El Mercury rugió en el asfalto. Alejándose a gran velocidad.

Los ojos de Alan Skerritt se posaron en el espejo retrovisor. Sonrió al divisar a Jessica inmóvil en la calzada. Con su seductor disfraz de diablo.

La siguiente detención de Skerritt fue en la zona de Miami Shores. Allí abandonaría el

Mercury. Antes de descender pasó el pañuelo por el volante y salpicadero. Abrió la portezuela trasera. Dobló cuidadosamente la capa.

De pronto quedó inmóvil.

Comenzó a palpar la capa.

Anteriormente había quitado la cartera de mano, pero no la billetera. Esta quedó en el bolsillo de la capa. En el bolsillo del forro.

Y ahora no estaba allí.

Alan Skerritt se tendió sobre el asiento trasero. Buscando por todos lados. En el asiento, en el suelo, en los rincones...

Ni rastro.

La billetera no estaba allí.

Y era fácil adivinar quién la tenía.

Jessica se había apoderado de ella. Al cubrirla con la capa descubrió el bolsillo en el forro. Y tomó la billetera. Una billetera que contenía la documentación de Skerritt. Con todos sus datos. Cédula de identidad, su credencial de investigador privado, su correspondiente fotografía, su domicilio..:

Un sudor frío se apoderó de Alan Skerritt.

Cerró los ojos.

Imaginando a Jessica con todo aquello en la policía. Acusándole de rapto. De intento de secuestro de Nancy...

CAPITULO V

Alan Skerritt estaba empacando precipitadamente sus pertenencias. Lo más importante. Lo de más valor. Lo poco que tenía. Había que largarse cuanto antes. La policía llegaría de un momento a otro.

Rapto, intento de secuestro... y malos tratos.

Sí.

Había olvidado lo de malos tratos.

Jessica podía acusarle también de golpearla.

Cerró la valija. Un abierto maletín sobre el lecho. En su interior su revólver Smith & Wesson del treinta y ocho, documentos personales, pasaporte...

Acudiría a Mendoza. Era un buen amigo. Le proporcionaría pasaporte falso y la salida hacia Sudamérica. Poco importaba el lugar. Incluso Cuba. Cualquier sitio lejos de los Estados Unidos. Había que salir cuanto antes de...

El llamador de entrada al apartamento hizo respingar a Skerritt.

Quedó unos instantes inmóvil.

Volvió a sonar el timbre. En prolongada llamada. Con insistencia.

La mueca de una sonrisa se reflejó en el rostro de Alan Skerritt. Ya estaba allí. La policía.

Había sido un estúpido al intentar escapar.

Y ahora se sorprendía de su acción.

Se había dejado llevar por el pánico. La solución no estaba en la huida. El jamás había vuelto la espalda. A nada ni a nadie. Ni en los peores tiempos. Siempre enfrentándose a la adversidad. Ese era Skerritt.

Ahora también haría frente a su responsabilidad.

El llamador sonó por tercera vez.

Alan Skerritt se llevó un cigarrillo a los labios. Lo encendió mientras acudía hacia el living. Abrió la puerta exhalando una bocanada de azulado humo.

Y se atragantó al identificar a su visitante.

No era la policía.

—Maldito seas, Donald... ¡Maldita sea tu estampa...! ¡No quiero verte!

Donnald Gibson se adentró en el apartamento antes de que le fuera cerrada la puerta. Parecía excitado. Sus manos temblaban visiblemente. Unas manos que aferraron con violencia las solapas de Skerritt. Zarandeándole con brusquedad.

—¿Te has vuelto loco, Alan? ¿Por qué has hecho eso?

La respuesta de Skerritt fue un trallazo.

Un derechazo al estómago de Gibson. Este se dobló como si realizara una profunda reverencia. Comenzó a boquear, aunque sin articular sonido alguno.

—No me gusta ser zarandeado, Donnald. Y menos por un bastardo como tú. ¿Quieres beber algo?

Donnald Gibson intentó responder, aunque continuó sin poder pronunciar palabra alguna. Avanzó semiencorvado. Con ambas manos en la boca del estómago.

Alan Skerritt había pasado al salón contiguo al living. Acudiendo directamente al mueble-bar. Sirvió dos vasos de whisky.

—No he hecho nada, Donnald. Simplemente el idiota.

—¿Dónde..., dónde está Nancy?

Skerritt se encogió de hombros.

—¿Nancy? Divirtiéndose. Aún es pronto para regresar a casa. ¿Quieres un consejo, Donnald? Vete tú a casita. Dentro de poco voy a recibir una visita poco agradable. No soy un chivato y no voy a involucrarte, pero si te encuentran aquí...

—Era un trabajo a realizar tú y yo solos, Alan... Nadie más estaría al corriente de ello. Y sin violencias. ¿Por qué diablos lo has hecho?

—¿Ya te han informado? ¿Ha acudido Jessica a la mansión de los Mills? ¿O tal vez la policía?

—¿Jessica...? ¿Quién es Jessica...? ¡Maldita sea, Alan! Basta ya de burlas... ¿Dónde está Nancy? ¿Por qué no has seguido el plan trazado? ¿Por qué esa brutal violencia con Marilyn? ¿Quiénes eran tus dos acompañantes?

—¿De qué hablas?

—Marilyn Kinsley está en el hospital. Alan... En muy mal estado. ¡Me equivoqué contigo, condenado seas! No te has conformado con secuestrar a Nancy. ¿Por qué esa paliza a Marilyn? ¿Por qué esa salvaje violación...? ¡Tú y los dos hijos de perra que te acompañaban!

Skerritt quedó unos instantes con la boca entreabierta.

Sacudió la cabeza.

—Un momento, un momento... Despacio, Donnald. No entiendo una sola palabra de cuanto dices. ¿Quién es Marilyn Kinsley? ¿De qué secuestro hablas?

—Sucio hijo de perra...

Alan Skerritt se adelantó en dos zancadas.

Aferró a Gibson con violencia.

—¡Ya basta de acertijos, Donnald! He tenido un mal día. Seguí el plan trazado. Me presenté en la fiesta de los Eastman. Y busqué a Nancy. Según tú, con un delicioso y encantador disfraz de diablo. Entablé conversación con ella.

—Mientes. Nancy no...

—No he terminado de hablar, Donnald —Skerritt le soltó un trallazo en la boca—. Un poco de educación y déjame continuar. Entablé conversación con ella. No había duda. El disfraz de diablo, el rabito, el cinturón con bordados dibujos satánicos, grabados también en las botas, antifaz de terciopelo rojo... El disfraz que tú me habías detallado. Llevé a la muchacha hasta mi auto, le solté un puñetazo y seguidamente emprendí viaje a mi refugio de las montañas. No me pareció bueno tu consejo de escondernos en un bungalow de Hawn Creek. Consideré más discreta y segura mi cabaña de pesca. Y allí, al quitarle la mordaza y el antifaz, descubro que no es Nancy. Es una joven empleada en la universidad. Una chica que Nancy contrató por doscientos dólares para que ocupara su puesto en la fiesta de los Eastman.

—¿Es..., es cierto eso?

Skerritt esbozó una fría sonrisa.

Soltó a Gibson para retornar junto al mueble-bar.

—¿Cierto? Pronto lo comprobarás, Donnald. La policía está al llegar. Esa muchacha, de nombre Jessica Rowland, se quedó con mi billetera. Ahora, ya recuperada del susto, estará denunciando lo ocurrido a la policía. Como es lógico la retorné a Miami.

—Dios... Entonces..., entonces... Nancy ha sido secuestrada de verdad... No has sido tú quien...

—No, Donnald. Cuéntame lo ocurrido.

Gibson se dejó caer en uno de los sillones del salón.

Aceptó el vaso de whisky que le era ofrecido por Skerritt.

—Nancy fue esta tarde a casa de una de sus amigas. A casa de Marilyn Kinsley. Llevó el disfraz para la fiesta de los Eastman. A su madre y a mí nos dijo que se pondría el disfraz en casa de Marilyn y juntas acudirían a la fiesta. Sin duda se lo entregó a esa tal Jessica. Hace un par de horas nos visitó la policía. Paula y yo

estábamos tranquilamente en el salón. El policía nos informó de que una muchacha había sido brutalmente violada y golpeada por tres desconocidos. Tres encapuchados. El nombre de la muchacha era Marilyn Kinsley y no iba sola. La acompañaba Nancy.

Donnald Gibson hizo una breve pausa.

Bebió un sorbo de whisky prosiguiendo en tenue voz:

—Marilyn había sido trasladada al Reid Hospital. Allí le tomaron la primera declaración.

Había ido con Nancy a la inauguración de una nueva discoteca emplazada en Salmón Hill. Fue al salir de la discoteca. Un auto frenó junto a ellas. Un Pontiac según Marilyn, aunque no está del todo segura. Tres individuos en el interior. Tres encapuchados. Las obligaron a subir. El auto enfiló hacia una solitaria cala. Dos de los encapuchados sacaron a Marilyn del vehículo y la arrastraron hacia unas rocas. Allí fue salvajemente violada. Sus gritos tenían un eco. Los de Nancy desde el auto. Los dos individuos se alejaron, pero Marilyn no quedó sola. Apareció el tercer encapuchado. Y también él ultrajó a Marilyn. Este último individuo fue el que luego la golpeó brutalmente. No sin antes darle instrucciones. Destinadas a Paula Mills. Que contara a Paula Mills lo ocurrido. Que le informara de que Nancy aún estaba con vida, pero que si no pagaban el rescate que iba a ser solicitado...

Gibson volvió a hacer una pausa.

Terminó el whisky.

Alzó la mirada fijando los ojos en Skerritt.

—Eso es todo, Alan. El encapuchado dijo que ya se pondría en contacto con la familia para dar instrucciones sobre el rescate y cantidad a pagar. Que el castigo a Marilyn era para que todos se percataran, incluida la policía, de que no bromeaban. De que estaban dispuestos a todo. Ningún daño más para Nancy siempre que cumplieran al pie de la letra las instrucciones. La policía ya ha intervenido el teléfono y sometido a discreta vigilancia el bungalow de los Mills.

—Has hecho mal en dudar de mí, Donnald. Yo soy incapaz de semejante acción.

—Creí... lo teníamos planeado... no de esa forma, pero sí el secuestro... Creí que habías seguido a Nancy al salir acompañada de Marilyn... que habías buscado cómplices para realizar el trabajo... Yo... no sabía qué pensar... Estaba

aturdido.

—También yo lo estoy, Donnald. ¿Cómo ha reaccionado tu mujer?

—¿Paula? Con entereza. Es una mujer de carácter. Parece más sorprendida por el engaño de Nancy que por su secuestro. La imaginaba en la fiesta de los Eastman y así se lo hizo saber a la policía. Acudieron a investigar en casa de los Eastman. Yo aproveché para acudir aquí. Tenía que hablar contigo. Estaba confuso por lo ocurrido. Confuso y asustado.

—Me sorprende la tardanza de la policía en presentarse aquí. Jessica ya debe haberme denunciado.

—¿Qué piensas decirles, Alan?

—Tranquilo. No te delataré. He cometido una torpeza y pagaré por ella. Me servirá de escarmiento. Si no quieres verte comprometido, lárgate cuanto antes.

Gibson se incorporó.

—Alan, yo... Prometo ayudarte. Te enviaré a un buen abogado y...

—Lárgate, Donnald. Me estás emponzoñando el apartamento.

Donnald Gibson giró sobre sus talones.

Alan Skerritt no se dignó a acompañarle hasta la puerta de salida. Tomó la botella de whisky y el vaso acudiendo hacia uno de los sillones. Encendió un cigarrillo. Dispuesto a esperar tranquilamente la llegada de la policía.

CAPITULO VI

Un buen día.

Un día más de radiante sol sobre Miami.

Y la perplejidad aún parecía mantenerse en Alan Skerritt. Se había retirado a dormir alrededor de las dos de la madrugada. Cansado de esperar la llegada de la policía y después de darle un buen repaso a la botella de whisky. Contra todo pronóstico, durmió plácidamente. Sin pesadillas. Despertando con la luminosidad del nuevo día inundando la habitación.

Ya se había sometido a una estimulante y prolongada ducha fría.

Terminó de vestirse frente al espejo del armario.

Vestimenta deportiva. Chaquetilla blanca ribeteada en azul a juego con el pantalón de sarga vaquera.

Abrió el maletín apoderándose del Smith & Wesson que acopló en el costado izquierdo.

Bajo el cinturón. Del maletín extrajo también unos billetes de cien dólares.

Donnald Gibson no le había reclamado los cinco mil.

No lo recordó o no se había atrevido.

Alan Skerritt no pensaba devolverle un solo centavo. El iba a cargar con toda la culpa.

Sin involucrar a Gibson. Silenciando su nombre. Justo era quedarse con el dinero. Skerritt abandonó el apartamento.

El elevador del edificio le condujo hasta el parking subterráneo. Allí estaba su Ford Mustang. El Mercury lo había abandonado. Después de tanta precaución..., se dejaba arrebatar la billetera con todos los datos necesarios para su identificación.

¿Qué hacía la policía?

¿Por qué no se presentaba a detenerle?

Alan Skerritt, en sus horas de espera, ya había madurado su declaración a la policía. Pensaba decirles que todo fue una broma. Eso es. Una broma algo pesada dirigida contra Paula Mills. Asustarla con la desaparición de su hija. Como represalia por su despido del Lamar Hotel. Sin intención de secuestrar a la muchacha. Sólo retenerla unas horas y atemorizar a la madre. Una broma.

Eso pensaba decir, pero la policía no se había presentado.

¿Por qué?

Alan Skerritt salió del edificio conduciendo el Mustang. Fue un recorrido muy corto. Detuvo el vehículo a poca distancia de su domicilio. A menos de cien yardas. En una de las bocacalles de la Lynne Avenue. En doble fila.

Descendió del auto para acudir al puesto de prensa.

—Los periódicos del día, Jimmy.

—¡Qué gran noticia, señor Skerritt! —exclamó el muchacho vendedor—. Ahí está... En primera plana de todos los periódicos. Un secuestro en Miami que...

Skerritt ya no escuchaba.

Se había retirado con los periódicos bajo el brazo encaminándose hacia una cercana cafetería. Penetró en el local acomodándose en uno de los taburetes del mostrador.

—¿Lo de siempre, Alan?

Skerritt asintió fijando los ojos en la mujer.

Margaret era el mejor estimulante para comenzar el día. Un volcán con faldas. Todo en ella parecía despedir fuego. El intenso y apasionado brillo de sus ojos, los ardientes y carnosos labios, el calor que emanaba de su cuerpo...

Sí.

Un auténtico volcán.

Siempre con provocativa vestimenta. Muy ligera. Dejando muy poco para la imaginación. Ahora lucía una tenue blusa y corta falda. Cada leve movimiento cada paso, era acompañado por sensual bambolear de sus opulentos senos.

El contemplar a Margaret era todo un vitamínico desayuno. Con un solo defecto para Skerritt, La goma de mascar.

La goma de mascar siempre en la boca de Margaret. A todas horas. Goma de mascar que aparecía por todos los rincones. Pegada bajo la barra del mostrador. Junto a la cafetería. Bajo un vaso. Sobre la botella de whisky...

El propietario del local no se enfadaba con Margaret por todo aquello. Consciente de que la mujer era el principal atractivo del establecimiento.

Margaret dejó el humeante café y la copa de brandy sobre el mostrador.

—Abundan los bastardos, ¿eh, Alan?

Skerritt alzó la mirada de uno de los periódicos.

—Cierto, Margaret.

—Esa pobre muchacha... Marilyn Kinsley. He oído el último boletín por radio. Sigue en el Reid Hospital. Se recupera favorablemente, pero jamás podrá olvidar lo ocurrido. Esos tres hijos de perra...

Margaret se interrumpió para acudir a atender un cliente.

Alan Skerritt prosiguió con la lectura.

Ciertamente la noticia figuraba en primera plana de todos los periódicos. Los grandes titulares destacaban el secuestro de la hija de Paula Mills. Y luego los detalles. La brutal paliza y violación de Marilyn Kinsley.

Skerritt apartó los periódicos dedicándose a beber el café y la copa de brandy. La proximidad de Margaret le hizo rebuscar en los bolsillos.

—Te lo apuntaré, Alan.

—No, Margaret. Tengo dinero —sonrió Skerritt, alargando un billete de cien dólares—.

¿A cuánto asciende mi deuda?

La mujer parpadeó.

Contemplando el billete de cien dólares.

—Pues... alrededor de los cincuenta.

—Quédate con los cien.

—¿Estás investigando el caso, Alan? —interrogó la mujer—, ¿Te ha contratado la señora Mills?

Skerritt rió descendiendo del taburete.

—Ni tan siquiera existo para la señora Mills. Ni ahora ni cuando estaba en la nómina de la UHM. Somos muchos los detectives repartidos por los diferentes hoteles de la cadena. Demasiados para Paula Mills. Yo haré que no olvide jamás mi nombre. Adiós, Margaret.

Alan Skerritt abandonó el local.

Se acomodó frente al volante del Mustang.

Si.

Estaba decidido. Lo había madurado mientras se duchaba. Tal vez antes. Apenas despertar y ver que la policía no se había presentado a detenerle. Fue entonces cuando lo decidió.

Su primitivo plan.

Secuestrar a Nancy y luego fingir su liberación presentándose como héroe salvador.

Algo había cambiado ahora. El no había secuestrado a Nancy, pero sí estaba dispuesto a rescatarla. Ya no se trataba de fingir esa liberación, sino de investigar y descubrir a los culpables. De rescatar sana y salva a Nancy.

Es pensaba hacer Alan Skerritt.

Como penitencia a sus malas ideas del día anterior.

* * *

La enfermera tenía gran parecido con una bruja de cuento de hadas. Rostro alargado. Enjuto. Con la piel ajada y materialmente pegada a los huesos. Después de fijar los ojos en la credencial, dirigió una despectiva mirada a Skerritt. —No me ha impresionado. La orden de la policía es muy concreta. Ninguna información sobre Marilyn Kinsley. A nadie. Deduzco que también incluye a los detectives privados. Son peores que los muchachos de la prensa.

Alan Skerritt guardó la credencial.

La reemplazó por dos billetes de diez dólares.

Las arrugas en el rostro de la enfermera se acentuaron aún más. Al igual que el brillo despectivo de sus ojos.

—Le ruego no me haga perder más el tiempo. Estoy muy ocupada.

Skerritt procuró mantener la sonrisa en los labios, aunque interiormente maldijo a la bruja. Retiró los dos billetes de diez dólares dejando uno de cien sobre el mostrador.

Fue visto y no visto.

La huesuda mano de la enfermera lo hizo desaparecer con pasmosa rapidez. El brillo de sus ojos pasó de despectivo a codicioso. Bajó su tono de voz.

—Planta quinta... A la izquierda. Habitación 512-IB.

—Gracias, bruja.

Alan Skerritt se alejó de recepción sin esperar a ver la expresión en el rostro de la mujer. Atravesó el hall principal del Reid Hospital. En dirección al emplazamiento de los elevadores. Se introdujo en una de las cabinas abandonándola en la quinta planta.

Avanzó por un ancho y largo corredor. Con profusión de pasillos a izquierda y derecha. Aquello era como un gigantesco laberinto.

La quinta planta se dividía en varias secciones. Todas ellas con su correspondiente sala de recepción e información. En el hall principal un locutorio público, sala de espera y también pequeño snack.

—¡Eh, Alan...!

Skerritt se detuvo ladeando la cabeza hacia su derecha.

Un individuo acudía a su encuentro procedente del mostrador de recepción. Un hombre de unos cincuenta años de edad. De rostro anguloso donde destacaban unas pobladas cejas.

Alan Skerritt forzó una sonrisa.

—Hola, Marty. Celebro verte.

—¿De veras?

—Sí, claro... Por supuesto.

—¿Qué haces aquí, Alan?

Skerritt fue borrando paulatinamente la sonrisa.

Era difícil engañar a Marty Keaton. Un viejo sabueso. Un veterano policía. Un hombre que conocía todos los trucos por haber recorrido todos los caminos. De vulgar patrullero a agente del FBI. Esa era la trayectoria de Marty Keaton.

—Estoy de visita, Marty. Un amigo, ¿sabes? Atropellado por un auto. El pobre está con un pie en la tumba y quiero acompañarle en sus últimos momentos.

—Tienes un corazón de oro, muchacho. ¿En qué habitación se encuentra tu infortunado amigo?

—La..., la... 505... Sí, eso es... La 505.

—No lo dices muy convencido, Alan. Ven conmigo... Nos informaremos.

—No te molestes, Marty. Ya me...

—No es molestia, muchacho —el agente del Federal Bureau Of Investigation aferró el brazo derecho de Skerritt tirando hacia el mostrador de recepción—. Tú también has hecho mucho por nosotros. No lo he olvidado. ¿Recuerdas el caso de los cubanos? Sí, hombre... Los cubanos acusados de robo. Te contrataron para que descubrieras al verdadero culpable.

—Sí, lo recuerdo.

—Y también recordarás a Carlos Hidalgo. Uno de los cubanos. Estaba ilegalmente en los Estados Unidos. Con nombre y documentación falsos. Tú lo sabías. Estabas al corriente de ello. Ese fulano era buscado por el FBI. Queríamos interrogarle. Y tú le facilitaste la salida. El regreso a Cuba.

—No era un comunista, Marty.

Keaton empuñó los ojos.

Fijos en Skerritt.

Incrementó la presión de sus dedos sobre el brazo del detective.

—Eso jamás lo llegaremos a saber, muchacho. Carlos Hidalgo sigue en Cuba.

—El Federal Bureau of Investigation no olvida la doctrina

del difunto Hoover. Comunistas por todos lados. Cada cubano un Fidel Castro. Yo sé la verdad, Marty. Ese hombre, Carlos Hidalgo, era un pobre infeliz que tuvo la desgracia de emparentar con un alto dirigente del gobierno castrista. De ahí vuestro interés en él. Para apretarle las clavijas. Nada os hubiera dicho Carlos Hidalgo. Nada sabía. Únicamente le habéis obligado a regresar a Cuba.

—Un día sí voy a apretarte a ti las clavijas —silabeó Marty Keaton—. Hasta reventarte los sesos.

Habían llegado al mostrador de recepción.

Allí la enfermera resultaba más atractiva que la bruja de la planta baja. Dedicó una cordial sonrisa a los dos hombres.

Marty Keaton se inclinó sobre el mostrador.

—¿Me dice el nombre del enfermo que ocupa la habitación 505?

—¿La 505? —la sonrisa se amplió en el rostro de la enfermera—. Es la señora Harrison. Todos los días recibe infinidad de ramos de flores. Se recupera de su complicado parto.

¡Nada menos que trillizos!

Keaton fue ladeando lentamente la cabeza.

Hacia Skerritt.

—¿Qué me dices a eso, Alan?

—Bueno... yo...

Alan pareció llamar la atención del agente del FBI. Desvió la mirada de Skerritt para fijarla en uno de los corredores que desembocaban en la sala de recepción e información.

—Un momento, Alan —dijo Marty Keaton, separándose unos pasos—. ¡Señorita Rowland...!

Alan Skerritt giró como picado por un escorpión.

Palideció al descubrir a la muchacha.

Jessica Rowland.

Avanzando hacia ellos con firme paso. Con la mirada fija en el angustiado Alan Skerritt.

CAPITULO VII

Marty Keaton sonrió a la muchacha.

—¿Ya se marcha, señorita Rowland?

—Sí.

—Le estamos muy agradecidos por su colaboración. ¿Cómo ha encontrado a Marilyn? Esta mañana no ha querido hablar con ninguno de nosotros. Sólo tenemos su declaración de ayer. Realizada en un momento de gran excitación y aturdida por los golpes recibidos. Ahora no quiere responder a nuestras preguntas.

—Marilyn se encuentra muy deprimida. Tardará mucho en reaccionar a la desgracia sufrida.

—Sí, claro... ¿le ha dicho algo que pueda ayudarnos en nuestras investigaciones?

—Nada, señor Keaton. Como ya le comenté ayer, no me unen lazos de amistad con Marilyn Kinsley. Yo no pertenezco a su elevada esfera social. Marilyn me hizo un gran favor y no lo he olvidado. Por eso estoy aquí y me he ofrecido desinteresadamente a la familia. Necesitaba una especie de aval, alguien que respondiera por mí, para solicitar plaza de trabajo en la universidad. Marilyn estaba presente en las oficinas cuando yo retiraba la solicitud de plaza. Y sin conocerme de nada, firmó como avalista.

—Comprendo —dijo Keaton, percatándose de las reiteradas miradas de la joven hacia Skerritt. Carraspeó para añadir—: Señorita Rowland... Le presento a Alan Skerritt.

—¿Otro agente del FBI?

Marty Keaton no captó la ironía de la muchacha.

De ahí que respondiera casi ofendido.

—¡Nada de eso...! Skerritt es..., es todo lo contrario a un policía. Se dedica a entorpecer nuestra labor. Por cierto, Alan... Creo que adivino el motivo de tu presencia aquí. El Federal Bureau of Investigation se ha hecho cargo del caso. No metas las narices. Adiós, señorita Rowland.

El hombre del FBI se alejó a grandes zancadas por uno de los corredores.

Alan Skerritt y Jessica quedaron frente a frente.

Mirándose a los ojos.

—Resultas más fascinante como The Phantom —sonrió

Jessica—, ¿Me invitas a un café?

La muchacha, sin esperar respuesta, se había colgado del brazo derecho de Skerritt.

Este, como un autómatas, caminó hacia el snack de la planta.

Se acomodaron en una apartada mesa.

No iniciaron la conversación hasta que les fue servido el pedido. Café para Jessica y un brandy doble para Skerritt.

—Sorprendido, ¿verdad, Alan?

Skerritt se reflejó en los ojos femeninos.

Asintió con un movimiento de cabeza.

—Bastante. Ayer me cansé de esperar la llegada de la policía. ¿Por qué no me has denunciado, Jessica?

La joven abrió su bolso de mano. Extrajo una cajetilla de Paxton. Y a continuación la billetera de Skerritt.

—Ni yo misma sé responder a esa pregunta, Alan. Ayer, al dejarme sola, corrí aterrorizada. Ajena a las burlas y comentarios que despertaba a mi paso. Corriendo con mi disfraz de diablo... Llegué a mi apartamento. Aún dominada por el miedo. Bajo mi cinturón estaba tu billetera. Me apoderé de ella durante el trayecto. Mientras estaba oculta bajo la capa. Descubrí casualmente el bolsillo del forro y decidí apoderarme de la billetera.

—Te aseguro que yo quedé más asustado que tú.

—Sí, pero con tiempo para reaccionar. Yo carecí de él. Lo primero que hice al llegar a mi apartamento fue examinar el contenido de la billetera. Quería conocer la identidad de mi... secuestrador. Me sorprendió ver tu credencial de investigador privado. Y más aún tu carta de trabajo para la UHM. Quedé confundida, pero comprendí que mi obligación era denunciar lo ocurrido a la policía. Ni tan siquiera tuve tiempo de quitarme el disfraz. La policía se presentó en mi apartamento. Con un agente del FBI al frente.

—¿Cómo te localizaron tan pronto?

—Marilyn Kinsley. Cuando fue interrogada por la policía y dijo que habían secuestrado a Nancy, hubo un momento de confusión. Paula Mills afirmaba que su hija había acudido a una fiesta disfrazada de diablo y conduciendo su Jaguar. Se comunicó eso a Marilyn por sí, en su estado de histeria, había equivocado el nombre. Fue entonces cuando dijo que yo había sido contratada por Nancy para ocupar su puesto en la fiesta de los Eastman. Llevando su disfraz y conduciendo su auto. Conociendo ya mi nombre... se presentó la policía.

—Imagino tu sorpresa.

—Cierto. Aún no había reaccionado de lo tuyo... y me informan del secuestro de Nancy. Con la brutal paliza y violación de Marilyn. Algo horrible. Con mi declaración se confirmó lo del secuestro de Nancy. Ella no había acudido a la fiesta de los Eastman. A la misma hora en que tú me llevabas a esa cabaña de las montañas, tres desalmados atacaban salvajemente a Nancy y Marilyn.

—Sigo sin comprender tu silencio.

El esbozo de una sonrisa se reflejó en el bello rostro femenino.

—Ya te lo he dicho... No lo sé. Pensé en ti. En la cabaña, al descubrir que no era Nancy, no reaccionaste con violencia. Tu comportamiento no fue el de un hombre sin escrúpulos y dispuesto a todo.

—Ya. El de un pobre infeliz.

Los carnosos labios de Jessica ampliaron la sonrisa.

—Esa fue mi primera impresión. Y después de ser informada de lo ocurrido a Nancy y Marilyn, volví a pensar en ello. Alan Skerritt, investigador privado, detective de hotel en la UHM... Un hombre que ha cedido a la tentación de un dinero fácil. Todo fue muy rápido, Alan. La policía me tomó declaración de mi entrevista y trato con Nancy para seguidamente comunicarme la paliza y violación de Marilyn, el secuestro de Nancy... Quedé más aturdida que a mi llegada al apartamento. Cuando reaccioné, estaba sola. Con tu billetera en mi poder. Sin haber dicho nada de ello a la policía.

—Tampoco hoy, Jessica.

—No. Ya no lo consideré oportuno hacerlo. Estaba algo arrepentida de haber guardado silencio, pero ya no podía rectificar. No podía ahora, después de haber sido interrogada y silenciado el hecho, denunciar mi rapto. Decidí visitar a Marilyn. El agente Marty Keaton, uno de los que me interrogaron ayer, me facilitó el contacto con Marilyn y sugirió que tratara de sonsacarla algún otro dato más.

—No lo has conseguido, ¿verdad?

—No.

Alan Skerritt guardó su billetera.

—Sí me gustaría a mí poder hablar con Marilyn Kinsley.

—¿Estás investigando en el caso, Alan? ¿Por orden de Paula Mills?

—Ya no soy detective de hotel en la Unión Hotelera Mills —

sonrió Skerritt—. Fui despedido. No quiero disculparme ante ti ni restar importancia a mi acción; pero mi intención no era pedir un rescate por Nancy. Pensaba retenerla unas horas, inquietar a su madre y luego presentarme como salvador de Nancy. Te parecerá absurdo y difícil de creer, pero ésa era en verdad mi ridícula intención.

—Te creo, Alan. Necesito creerte. Al menos para tranquilizar mi conciencia por no haberte denunciado.

—Aún puedes hacerme otro favor, Jessica. Quiero hablar con Marilyn. Tú puedes conducirme hasta ella. ¿Hay algún policía vigilando la habitación?

—¿Para qué quieres ver a Marilyn?

—No trabajo para la UHM ni estoy contratado por Paula Mills; pero sí quiero ayudar a Nancy. Necesito hacerlo. Puede que también para tranquilizar mi conciencia y... para castigar a esos tres bastardos. No soy partidario de la violencia, pero sí sé utilizarla contra los que abusan de una mujer. La violación es un delito que me repugna. Me gustaría encontrar a esos tres hijos de perra.

Jessica quedó en silencio.

Una fracción de segundo.

—De acuerdo, Alan. Te llevaré junto a Marilyn. Un policía uniformado me acompañó hasta la habitación, pero al salir ya no estaba. Ahora es un buen momento. Sígueme.

Alan Skerritt se incorporó depositando sobre la mesa lo correspondiente al tíquet de consumición.

Abandonó el snack en compañía de la joven.

Jessica fue guiándole por aquel laberinto de pasillos.

—Dudo que quiera hablar contigo, Alan. Ni tan siquiera despega los labios. El agente Keaton quiso hacerle algunas preguntas, pero perdió el tiempo. Marilyn parece ausente.

Su histeria de ayer ha sido reemplazada por una total incomunicación y mutismo.

Skerritt no hizo comentario alguno.

Llegaron ante la puerta señalizada con las siglas 512-IB.

Una enfermera salía en aquel momento de la habitación. No formuló pregunta alguna. Anteriormente había visto a Jessica entrar en la habitación. Y tomó a Alan por uno de los policías.

—Espera aquí, Jessica —susurró Skerritt, adentrándose en la estancia—. Que no te vea Marilyn... Quiero hacerla creer que estamos solos.

Jessica quedó junto a la entrada. Semioculta en la penumbra.

Alan Skerritt bordeó el biombo situado a los pies del lecho. La luz era mortecina. Sin duda para facilitar el reposo del paciente.

—Hola, Marilyn.

La muchacha tenía los ojos cerrados. Los abrió trabajosamente para posar la mirada en Skerritt. Este se había sentado al borde del lecho. Sonriendo tranquilizador.

Marilyn no respondió al saludo.

Volvió a cerrar los ojos.

La luz, aunque tenue, sí permitía contemplar el rostro de la muchacha. Magullado por doquier. Se habían ensañado salvajemente. Los labios hinchados. Al igual que los deformados pómulos. Las dos cejas rotas. La nariz aplastada...

—Mi nombre es Alan Skerritt. No soy un policía. Yo detesto a la policía. Hablan mucho, hacen preguntas y más preguntas...; pero se mueven poco. Yo puedo actuar con mayor libertad. No me gusta lo que han hecho contigo, Marilyn. No me gusta. Y voy a castigar a los tres bastardos que te atacaron. No voy a tener piedad con ellos. Con ninguno de los tres. Tal vez termine entregándolos a la policía, pero será convertidos en despojos humanos.

Marilyn abrió los ojos.

Alan Skerritt aprovechó para mostrarle la credencial.

—No te miento, Marilyn... Mira... Investigador privado. Mis relaciones con la policía son nulas. Tengo mis propios métodos. Sin las... limitaciones que muchas veces dificultan la labor de la policía. Voy a castigar a los culpables. Te lo prometo. Si tú me ayudas daré antes con ellos, pero si prefieres no hablar tampoco importa. Daré igualmente con ellos.

Los maltratados labios de la muchacha no se movieron.

Continuó rígida en el lecho.

Skerritt guardó la credencial.

—De acuerdo, Marilyn. Sólo quería hacerte un par de preguntas, pero no te molesto más. Voy a cumplir mi promesa. Pronto volveré a visitarte. Para informarte que los tres bastardos han ingresado en la Unidad de Cuidados Intensivos. ¿Tampoco vas a desearme suerte?

Los ojos de la joven se posaron nuevamente en Skerritt.

Paulatinamente un destello fue asomando a las pupilas femeninas. También comenzó a mover los labios. Balbuceando trémulos.

—¿Es..., es cierto... lo que dices...?

—Voy a acabar con ellos, Marilyn —respondió Skerritt,

fríamente—. Aplastarlos como cucarachas.

—Mi declaración...

—Tengo una idea de ella, Marilyn. Sólo un par de detalles me interesan. ¿Quién más estaba al corriente que tú y Nancy teníais proyectado acudir a la inauguración de esa discoteca?

—Nos había invitado Chuck Steiger... el propietario de Brooke Waves, la discoteca inaugurada... A nosotras y a Slim Connelly... Slim es un buen amigo... No fue con nosotras por tener que acudir a la fiesta de Jeff Eastman...

—Esos tres encapuchados... ¿te resultó familiar alguno de ellos? Por su voz, sus ademanes...

—No... Eran tres diablos... Tres monstruos de maldad... La voz quedaba desfigurada por las capuchas... Nos atacaron sin piedad... Ignoro qué fue de Nancy en el coche, pero sus gritos eran también desgarradores...

—Eran conocidos tuyos, Marilyn. Tuyos y de Nancy. Sólo así se explica que se molestaran en colocarse capuchas. Para no ser reconocidos.

Marilyn quedó unos instantes en silencio.

Sus labios volvieron a balbucear temblorosos.

—Uno de ellos... el que me golpeó... Me llamó por mi nombre... Ahora lo recuerdo... Me insultó a cada golpe... y pronunció mi nombre... Mientras me golpeaba en el rostro una y otra vez... siempre en el rostro... como si quisiera desfigurarme la cara y..., y...

La voz de la muchacha se quebró.

En ahogado sollozar.

—Tranquilízate, Marilyn. No hables más. Descansa..., descansa...

Alan Skeritt se incorporó encaminándose lentamente hacia la puerta. Hizo una seña a Jessica. Ambos abandonaron sigilosamente la habitación.

—¿Crees en verdad eso, Alan? —inquirió Jessica, ya en el corredor—. ¿Que los secuestradores son conocidos para Nancy y Marilyn?

Skeritt encendió un cigarrillo.

Demorando unos instantes el responder.

—Es una hipótesis. Me sorprende que se hayan molestado en cubrir el rostro. Y más sorprendente aún resulta el modus operandi. Querían secuestrar a Nancy. ¿Por qué subir también a Marilyn al auto? ¿Por qué atacarla tan salvajemente? Es muy extraño.

—He hablado algo de ello con el agente Keaton. Parece ser que los secuestradores quieren aterrorizar a Paula Mills. Hacerla ver que están dispuestos a todo si no se cumple el rescate.

—Eso es un arma de dos filos, Jessica. También se puede llegar a la conclusión de que los secuestradores son unos locos. Psicópatas. Individuos que no cumplirán lo pactado. No sé... Me resulta muy extraño. Una cosa sí es cierta. No son profesionales. Los profesionales no actúan así. ¿Puedes decirme algo de Slim Connelly?

—¿Sospechas de él?

Skerritt sonrió.

Ya se habían introducido en uno de los elevadores.

—Es mi único punto de partida, Jessica. No como sospechoso, pero sí para investigar en las amistades de Nancy y Marilyn. ¿Compañero de universidad?

—Slim Connelly ya ha terminado sus estudios —dijo Jessica—. Y muy brillantemente. Su padre es el propietario de la Connelly Paper. Y Slim su único heredero. Es un joven de veinticinco años de edad. Atractivo, atlético, simpático...

—Un mirlo blanco.

Jessica asintió sonriente.

—Ahá. Me llegaron rumores de cierto compromiso formal entre Nancy y Slim Connelly, pero últimamente parecían haberse enfriado esas relaciones. Continuaban amigos, aunque ya no de cara a una futura boda o compromiso matrimonial.

Todo esto es de dominio público. Me refiero que lo sé por publicarse en las revistas del corazón.

Abandonaron el bloque del Reid Hospital.

Se encaminaron hacia la zona de parking descubierto.

—¿Te gustaría cenar en Brooke Waves?

—¿En la...?

—Sí, Jessica. En la discoteca de Salmón Hill. Ese también puede ser un buen punto de partida. Opino que...

Skerritt se interrumpió.

Fijó la mirada en un Pontiac que maniobraba para abandonar el estacionamiento del parking.

—¿Ocurre algo, Alan?

—Disculpame, Jessica, pero tengo que dejarte ahora. ¿Te parece bien a las siete?

—Pero...

—En la puerta de la Wood House —dijo Skerritt, emprendiendo carrera hacia su Mustang—, ¡a las siete!

Alan Skeritt se introdujo con rapidez en el vehículo. Con habilidad enfiló el Mustang hacia la salida del parking. Aún podía ver el Pontiac.

Y en su interior dos individuos. Uno de ellos era Donald Gibson. El otro, el que conducía el auto, era Keith Howard. El jefe del sindicato del vicio. El hombre de la mafia en el Gran Miami.

CAPITULO VIII

El Pontiac se había adentrado por la zona de Hurt Park. Se detuvo frente al 2089 de la Wood Avenue. Donnald Gibson y Keith Howard descendieron. Antes de entrar en el edificio, se aproximó un uniformado individuo que tomó las llaves del auto de manos de Howard. Introdujo el Pontiac en el parking privado mientras que Gibson y Howard penetraban en el edificio.

Un edificio colmena destinado a apartamentos de alquiler y oficinas comerciales. Allí se emplazaba la Universal Tour. Ocupando una de las plantas del bloque. Una agencia de viajes muy importante en Florida. Con sucursales en otras ciudades del estado. Un negocio controlado por la mafia y dirigido por Keith Howard. Bajo la apariencia de negocio honrado y legal, se ocultaba una red de distribución de droga y prostitución organizada. Uno de los negocios... legales del sindicato del vicio.

Alan Skerritt conocía aquel negocio propiedad de Howard, También el salón de alta costura Alexandria, la sala de juegos electrónicos de New Rouge, los grandes almacenes de Dayton Road, la academia de danza Carolina... Todo ello bajo la batuta de Keith Howard. Drogas, prostitución, juego ilegal, crimen...

Negocios supuestamente legales y honrados que eran tapadera para el crimen organizado.

Un secreto a voces, pero que la policía y el Federal Bureau of Investigation no encontraban pruebas para descubrir.

Alan Skerritt estacionó a poca distancia del 2089 de la Wood Avenue. Permaneció en el interior del Mustang. Con la mirada fija en la entrada al edificio.

Encendió un cigarrillo.

Dispuesto a esperar.

Por su mente pasó una nueva hipótesis. La de una sucia jugada en Donnald Gibson. La de secuestrar a Nancy en colaboración con Keith Howard. Un mal compañero y digno de poca confianza. Howard era una auténtica rata. La espera se prolongó casi por espacio de una hora.

Skerritt empezaba a perder la paciencia. Había terminado la cajetilla de tabaco y no se atrevía ir en busca de otro paquete por temor a una salida de Gibson y Howard.

Apareció Donnald Gibson.

En solitario.

Quedó unos instantes junto a la entrada del edificio. Como si dudara en el camino a seguir. Avanzó hacia la calzada lanzando una mirada a izquierda y derecha. Hizo una seña a un taxi, aunque sin percatarse de que iba ocupado.

Alan Skerriitt inició la marcha.

Hacia Gibson.

—Hola, Donnald —saludó Skerriitt, deteniendo el auto—, ¿Necesitas taxi?

Una mueca de marcado estupor se reflejó en el rostro de Gibson.

—Alan..., ¿qué haces aquí?

—Sube, Donnald.

Gibson dudó. Ahora su mirada fue hacia el bloque 2089 de la Wood Avenue. Hacia los pisos superiores. Al emplazamiento de la Universal Tour.

—Oye, Alan...

—Sube o te hago subir yo, Donnald.

Gibson ya no dudó.

Se introdujo con rapidez en el vehículo acomodándose junto a Skerriitt.

—Maldito seas, Alan... Me estás comprometiendo.

—¿De veras?

—¿Qué haces aquí, Alan? ¿Estás bajo fianza? Creí..., creí que habías sido detenido. Tú mismo habías dicho que la policía...

—Soy un tipo afortunado —interrumpió Skerriitt, sonriendo—. Resulta que Jessica Rowland se ha enamorado perdidamente de mí. Cree que soy The Phantom. Por eso no me ha denunciado. Sigo libre como un pájaro.

—Tu sentido del humor está fuera de lugar, Alan.

El Mustang terminó de recorrer la Wood Avenue.

Alan Skerriitt giró el volante por una de las bocacalles que le conducían al Hurt Park.

—Te encuentro preocupado, Donnald. ¿Por Nancy... o por tu pellejo?

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo ha sido tu entrevista con Keith Howard? No trates de negarlo. Te he seguido desde el Reid Hospital.

Donnald Gibson mesó nerviosamente los cabellos. Rebuscó en los bolsillos de la chaqueta hasta dar con la cajetilla de tabaco. Skerriitt se apoderó de un cigarrillo antes de que guardara de nuevo el paquete.

—Estoy con la soga al cuello, Alan. Lo ocurrido a Nancy ha hecho que Keith Howard se lance sobre mí como un buitre. Teme perder sus veinte mil dólares. Sabe que depende de mi esposa. Y deduce que Paula no está ahora en condiciones de preocuparse por mis asuntos. Bastante tiene con lo del secuestro de Nancy. Keith Howard no me ha dado un ultimátum, sino que ha anunciado mi sentencia de muerte.

Skerritt dirigió una rápida mirada a su interlocutor.

Parecía sincero.

Al menos sí era real el frío sudor que perlaba la frente de Donnald Gibson. Y también el temblor de su zurda al llevar el cigarrillo a los labios.

Estaba dominado por el miedo.

—¿Qué plazo te he dado ahora, Donnald?

—Le he prometido pagar hoy. Y lo haré. Voy a tener al alcance de mi mano medio millón de dólares en efectivo. Nadie reparará en la falda de veinte mil cochinos dólares.

—¿De qué estás hablando?

Donnald Gibson rió.

Nerviosamente.

—Han sido muy rápidos, Alan. Y endiabladamente astutos. Al menos han conseguido burlar todo el sistema de vigilancia y control del FBI. Martha, una de nuestras doncellas externas, recibió una llamada en su domicilio. Debía comunicar a la señora Mills que en la piscina, bajo la tabla de lanzamiento, encontraría una importante carta. Que fuera a cogerla sin ser vista por la policía.

—Imaginaron los teléfonos del bungalow intervenidos. De ahí que entraran en contacto con esa doncella de Paula Mills. No es nuevo el procedimiento. ¿Estaba la carta en el lugar indicado?

—Sí, Alan. Dos cartas. Una de ellas del puño y letra de Nancy. Se confiesa aterrada y suplica encarecidamente que se sigan al pie de la letra las exigencias de los secuestradores. Luego, en letras de molde, la carta de los secuestradores. En medio millón de dólares fijan el rescate.

—¡Infiernos...! Nosotros éramos más modestos. Nos conformábamos con doscientos.

Gibson hizo una mueca.

Sin compartir la ironía de Skerritt.

—Paula está reuniendo el dinero. Tal como quieren los secuestradores. En efectivo y billetes usados. En la carta ya se anticipan a posibles disculpas. Conscientes de que entre los

hoteles y establecimientos de la Unión Hotelera Mills se puede conseguir esa cantidad. Aunque fuera utilizando los depósitos de los clientes en las cajas fuertes para reunir los billetes usados. Toda la mañana se ha trabajado en ello. Conoces al viejo Ernest Welles, ¿verdad?

—El jefe de detectives de la UHM.

—Correcto. El dirige la operación. Con la mayor discreción. Cuando salí de casa para visitar a Marilyn Kinsley, mi esposa ya casi había reunido el medio millón de dólares. Fue entonces, al salir del Reid Hospital, cuando me encontré con Keith Howard. Sin duda me esperaba. Fue imposible librarme de él. Y también me resultó muy difícil convencerle de que hoy mismo le pagaría.

—¿Le has dicho cómo pensabas conseguirlo?

—Lo sospechó. Y terminé por confesarle de que se estaba reuniendo el dinero para el rescate.

—¿Qué planes tiene el FBI?

Donnald Gibson arqueó las cejas.

—¿El FBI? ¡El FBI no sabe nada! Esa carta de los secuestradores es horrible, Alan. Rebosante de amenazas. Y las breves líneas escritas por Nancy desgarradores. También está lo ocurrido a Marilyn... Paula tiene miedo de lo que pueda pasarle a Nancy. Y siguiendo las instrucciones de los secuestradores, nada dirá a la policía. El FBI ignora que se ha recibido la carta.

—Debajo de la tabla del trampolín...

—Sí, Alan. Resulta asombroso que hayan conseguido burlar la vigilancia.

—Muy sorprendente —corroboró Skerritt—. Máxime con un individuo como Marty Keaton asignado al caso. Conozco a Keaton. Y deja muy pocos cabos sueltos. Bien... Ya hemos llegado.

Donnald Gibson se percató por primera vez del camino emprendido por el Mustang. Hacia Power Boulevard. En Allen Street. Y en el 733 de Allen Street era donde se alzaba el lujoso bungalow de Paula Mills.

—Pero... ¡Maldita sea, Alan...! ¡Tenía que ir al Reid Hospital a retirar mi auto! Keith Howard no me permitió hacerlo. Me obligó a subir a su Pontiac.

—Tranquilo, Donnald. No es momento de ir vagando por Miami. Tu deber es permanecer al lado de tu amada esposa. Por cierto..., vas a presentarme a Paula Mills.

—¿Por qué?

—Limitate a obedecerme, Donnald. Es un buen consejo.

No pasó desapercibida para Alan Skerritt la vigilancia a que era sometido el bungalow de Paula Mills. Un supuesto operario de teléfonos en uno de los postes cercanos, un empleado del alcantarillado, un discreto Buick en una de las esquinas...

Y también en el interior de la propiedad. Un jardinero que manejaba muy torpemente las tijeras de podar, un individuo que simulaba reparar la red de la pista de tenis...

—Policías, ¿no, Donnald? —sonrió Skerritt, enfilando el auto por el sendero que conducía al bungalow.

—Sí. El jardinero, el de la pista de tenis... Se puede decir que estamos sitiados por agentes del Federal Bureau of Investigation. Sin contar con el teléfono intervenido y los sistemas de seguridad ya instalados en la casa.

Alan Skerritt empuñó los ojos.

Dirigiendo una inquisitiva mirada a la zona de la piscina y jardín.

—¿Sabes una cosa, Donnald? Ni el mismísimo The Phantom lograría burlar la vigilancia.

—Pues el sobre estaba allí, Alan. Bajo el trampolín.

Skerritt detuvo el auto a poca distancia del porche del bungalow. Tras un Rolls Royce. Descendió del vehículo imitado por Donnald Gibson.

El mayordomo, un individuo de edad ya avanzada, les abrió la puerta antes de que pulsaran el llamador.

—La señora le espera, señor Gibson. En el despacho privado.

—Gracias, Spencer. Sígueme, Alan...

Atravesaron un espacioso hall.

Donnald Gibson abrió una de las puertas del corredor.

—Hola, querida.

Paula Mills no respondió al saludo de su marido. Estaba tras una mesa escritorio. Sus ojos de dura mirada se posaron fugazmente en Gibson para luego fijarse en Alan Skerritt.

El rostro de la mujer no se alteró.

—¿Quién es tu acompañante, Donnald?

—Su nombre es Skerritt. Hasta hace un par de días detective en el Lamar Hotel. La mujer parpadeó.

—Skerritt...

—Correcto, señora Mills —dijo Alan Skerritt, adelantándose hacia la mesa—. Disculpe mi intromisión, pero estoy interesado en lo ocurrido a su hija y a Marilyn.

—¿Interesado? ¿Qué quiere decir?

—Muy sencillo, señora Mills. Estoy interesado en aplastar a los tres hijos de perra que han secuestrado a Nancy.

El inexpresivo rostro de Paula Mills no se alteró, aunque sí volvió a parpadear. Ciertamente era una mujer de carácter. Acostumbrada a mandar y ser obedecida.

—Hoy me han hablado de usted, Skerritt. Fue Ernest Welles. Nuestro jefe de detectives. Yo le pregunté por el hombre adecuado para establecer contacto con los secuestradores. Y Welles pronunció su nombre. Alan Skerritt. Creo que ahora está por su domicilio tratando de localizarle. ¿Por qué fue despedido del Lamar Hotel?

—Eso es algo sin importancia, señora Mills. Estoy aquí para ayudar a Nancy. Y para ayudar a Nancy debe informar al FBI de la existencia de las cartas. El FBI está especializado en casos de secuestros.

Paula Mills desvió con rapidez la mirada hacia Gibson. Y de nuevo en sus ojos un duro destello.

—¿Cómo te has atrevido a divulgar...?

—Yo he sonsacado a su marido, señora Mills —intervino Skerritt, en defensa de Gibson—, Donald tiene mucha confianza en mí y creyó conveniente, dado que estoy investigando el caso, el informarme de lo ocurrido. Donald es un buen amigo.

—¿De veras? —El rostro de la mujer no disimuló la mueca de desagrado—. Eso le hace perder muchos enteros, Skerritt. No le imagino amigo de mi marido. Donald es un parásito de la sociedad. Y usted, según las referencias de Ernest Welles, todo lo contrario. ¿Estaría dispuesto a establecer contacto con los secuestradores?

—¿Sin el apoyo del FBI?

—La vida de mi hija corre grave peligro, Skerritt. No debe intervenir la policía. Ni un vulgar patrullero por la zona elegida por los secuestradores. En caso contrario..., Nancy sería salvajemente violada como lo fue Marilyn y luego golpeada hasta su muerte. Puede leer la carta de esos desalmados —Paula abrió el primer cajón de la mesa escritorio—.

Aquí la tiene... No amenazan en vano. Ayer pude ver a Marilyn Kinsley y...

Paula Mills enmudeció.

Controlando con dificultad su angustia.

—Estoy dispuesto a comunicarme con los secuestradores, señora Mills; pero a mi manera.

—¿Qué quiere decir?

—No entregaré el dinero sin antes comprobar que Nancy está sana y salva. No puedo confiar en la palabra de esos individuos. Si no me entregan a Nancy, defenderé el dinero con mi revólver.

Paula dudó.

Lentamente movió la cabeza.

—De acuerdo, Skerritt. El dinero ya está preparado. Hace menos de una hora se nos entregó otra nota. Por el mismo procedimiento. Primero contacto con el domicilio de mi doncella anunciando el lugar donde encontrar la carta. Más breve que la primera. Indicando únicamente el lugar y un nombre clave. No tengo la carta aquí. Está en mi dormitorio. Allí fue donde la encontré.

Skerritt arqueó las cejas.

—¿En..., en su dormitorio?

—Increíble, ¿verdad? Sí, Skerritt. En mi habitación. Tras el espejo del cuarto de baño. Estoy..., estoy asustada. La violencia de esos individuos, su facilidad para entrar y salir de mi casa... Es de suponer que cuenten con un cómplice. Tal vez incluso uno de los policías. No quiero correr riesgos,

Skerritt. Se cumplirán las exigencias de los secuestradores. Un solo hombre con la maleta del dinero. El nombre clave es Christopher. Se pronunciará ese nombre en el lugar y usted acudirá a la llamada. Esta noche. A partir de las nueve. —¿Qué lugar, señora Mills?

Paula forzó una sonrisa.

—Tiene razón... Olvidé mencionarlo. Estoy muy nerviosa. La discoteca donde atacaron a Nancy y Marilyn. Brooke Waves. Ese es el lugar de contacto elegido por los secuestradores. La discoteca.

CAPITULO IX

En el bello rostro de Jessica se reflejó un gesto de sorpresa. Sus verdes ojos iniciaron un repetido parpadear.

—Alan...

—Hola, Jessica. ¿Me permites?

Skerritt, sin esperar autorización de la muchacha, se introdujo en el apartamento cerrando tras de sí.

—¿Cómo has dado conmigo, Alan? No recuerdo haberte proporcionado mi domicilio. —He pasado la tarde por la zona de la universidad. Haciendo preguntas. Incluso he mantenido una interesante conversación con Slim Connelly. También estuve por secretaría. Allí me facilitaron tu domicilio.

—Aún no son las seis. Me disponía ahora a arreglarme para nuestra cita.

—Por eso estoy aquí, Jessica. Para cancelar la cita. Lo lamento.

Habían pasado al salón.

La joven fijó la mirada en Skerritt.

—¿Ha ocurrido algo, Alan?

—Ahora sí estoy a las órdenes de Paula Mills. Esta noche debo entregar el dinero a los secuestradores.

—¿Está noche?

Skerritt asintió sonriente.

—Todo muy rápido, ¿verdad? También yo estoy sorprendido. Asombrado de muchas cosas. Sorprendido... y confuso. Dentro de pocas horas se solucionará todo. En el mismo lugar donde empezó. En la discoteca Brooke Waves. Allí pienso establecer contacto con los secuestradores.

—Me han hablado de esa discoteca, Alan. Tristemente famosa por lo ocurrido a Nancy. Está emplazada en una amplia explanada. Junto a una cala. Resultará difícil a la policía el aproximarse sin ser vistos.

—La policía no sabe nada, Jessica.

—¿Qué no...? ¿No has comunicado al FBI...?

—Orden de Paula Mills. No ha querido seguir mi consejo. Teme por la vida de Nancy. Los secuestradores exigen que un hombre solo acuda con el dinero.

—Sí. Un hombre solo es más fácil de matar.

Alan Skerritt se aproximó a la muchacha. La tomó por los hombros atrayéndola contra sí. Muy suavemente besó los entreabiertos labios femeninos. Y luego se reflejó en los ojos de Jessica. Hundiéndose en aquella profunda y dulce mirada.

—¿Te preocupas por mí?

—Sí, Alan.

—Es bonito... Sí, Jessica... Es agradable que alguien se preocupe por uno. No estoy acostumbrado a ello. He sido siempre como un perro vagabundo que sólo recibe golpes. Los que le dan y los que se buscan.

—Como ahora.

—Sí, Jessica. Como ahora. Quiero reparar mi mala acción.

—¡Oh, Alan...! No has cometido ningún mal. Y yo soy la única con derecho a sentirme ofendida. Recuerda que fui yo la raptada y conducida a la cabaña.

—Quiero ayudar a Nancy. Y castigar a los que ultrajaron salvajemente a Marilyn. Se lo prometí.

Jessica asintió.

Con débil sonrisa.

—De acuerdo, Alan. Te esperaré. Me debes una invitación para cenar.

Skerritt volvió a besar los carnosos labios de la muchacha.

Giró hacia el living. —Alan...

—¿Sí, Jessica?

—Me gustaría cenar en tu cabaña de las montañas.

—Prometido, Jessica —sonrió Skerritt, abriendo la puerta del apartamento—. ¡Y yo siempre cumplo mis promesas!

Alan Skerritt abandonó el apartamento. Mientras descendía en el elevador consultó el digital de su reloj de pulsera. Aún disponía de tiempo hasta las nueve. Encaminó sus pasos hacia el auto estacionado a poca distancia. Ya no era el Ford Mustang, sino el Mercury. Lo había recuperado de la calle donde lo dejó abandonado.

El Mercury resultaba más apropiado para sus planes. Más espacioso que el Mustang.

Alan Skerritt se dirigió hacia su domicilio. Ni en el más fantástico de sus sueños hubiera imaginado tener en su apartamento medio millón de dólares. Y allí estaban. En una maleta de piel. Los había transportado desde el bungalow de Paula Mills. Esta acaparó la atención de los agentes encargados de la vigilancia para permitir que Skerritt introdujera la maleta en el auto.

Medio millón de dólares...

Alan Skerritt fue depositando los fajos de billetes en una bolsa de lona. Fajos y más fajos... Ni por un instante pasó por la mente de Skerritt el tomar todo aquel dinero y largarse a Sudamérica. Era demasiado honrado. Y así le iba.

Seguidamente se dedicó a trocear periódicos para llenar la maleta. Cerró con llave el doble cierre de seguridad. El Mercury lo había estacionado en el parking subterráneo del edificio. Al cobijo de indiscretas miradas.

Llegó al sótano portando la maleta y el saco de lona.

La maleta la depositó en el asiento trasero. La bolsa de lona quedó acoplada en el hueco de la rueda de recambio. Oculta con la caja de herramientas, trapos sucios y un par de latas vacías.

Echó una mirada al reloj.

Faltaba una hora para la cita. El tiempo de desplazarse con tranquilidad a la zona de Salmón Hill.

Aún no había cenado.

Y no pensaba hacerlo. Tenía como un nudo en la garganta. Un mal presentimiento. Nunca le había fallado su instinto. Y ahora le advertía de que algo iba a salir mal aquella noche.

* * *

Alan Skerritt vació el vaso de whisky.

Empezaba a sentirse enfermo.

Era como estar en el centro de una gigantesca caja de grillos. Eso era el Brooke Waves. Una jaula de grillos locos. Orquesta en vivo y música enlatada. Alternativamente. Chicos melenudos y muchachas minifalderas retorciéndose por las diferentes pistas móviles. Aullando como posesos. Coreando la canción que un demente vociferaba en el escenario giratorio. Luces multicolores. Destellantes. Decoración sicodélica. Pantallas en las paredes...

El Brooke Waves contaba además con dos salas anexionadas. Una especie de snack y un salón de té. Ambos cerrados en aquella hora de la noche. Todo el bullicio se centraba en la discoteca.

Alan Skerritt esperó a que cesara de berrear el del escenario y su orquesta para poder dejarse oír y solicitar un nuevo whisky.

Fue una pausa muy fugaz.

Ahora música enlatada. Estridente. Acentuando los efectos luminosos del local. Una penumbra rota por infinidad de destellos multicolores. El suelo, formado por luminosas planchas rectangulares e intermitentes, resultaba vertiginoso. En la

pantalla un corto de Tom y Jerry intercalado con escenas de masacre en Líbano y escenas porno. Alucinante.

En el reloj de Alan Skerritt pasaban ya veinte minutos de las nueve. Los secuestradores no eran muy puntuales. Tres piezas de música enlatada. Cada una de ellas presentada por un disc jockey que parecía sufrir de apoplejía.

Ahora sí se iba a disfrutar de unos minutos de descanso.

Anunciados por el esquizofrénico disc jockey.

Se iluminaron algunas luces del local. Muy pocas. Todo continuó sicodélico y mareante. Al menos para Skerritt. Estaba en uno de los rincones del sinuoso mostrador. Consciente de encontrarse fuera de onda. El era ya un carroza. El único en no vestir de piel o vaquero, llevar pingajos en las orejas ni dosis de brillantina.

También era el único en beber whisky.

La mayoría se decidían por afrodisíacos combinados de extraños nombres. El alcohol estaba prohibido, pero eso parecía ignorarse en el Brooke Waves. Gran número de combinados tenían como base la ginebra, el vodka, el brandy, whisky...

—¡Señor Christopher...! ¡Señor Christopher...!

Un muchacho con estrafalaria vestimenta, el uniforme de la discoteca, recorría el sinuoso mostrador anunciando el nombre de «Christopher».

Skerritt le hizo una seña.

—Tiene una llamada telefónica, señor —comunicó el muchacho—. En la cabina cuatro del locutorio de entrada.

Alan Skerritt arrojó unos dólares sobre el mostrador descendiendo con rapidez del taburete. Encaminó sus pasos hacia el hall. Al otro lado del guardarropa estaban las cabinas telefónicas. Se introdujo en la señalizada con el número cuatro. Atrapó el auricular.

—¿Sí...?

Nadie respondió.

Alan Skerritt reparó en el papel depositado en la bandeja de apoyo. Una cartulina. Con un pequeño croquis. El emplazamiento de la Brooke Waves, la carretera a Salmon Hill, la bifurcación hacia los acantilados de Atwood... y una cruz sobre The Beacon. Casi al final de Atwood.

Skerritt guardó la cartulina abandonando seguidamente el Brooke Waves. Respiró con fuerza. Agradeciendo la brisa procedente de la bahía. El relativo silencio, comparado con el interior del local, resultaba sepulcral.

Se acomodó frente al volante del Mercury.

Dispuesto a seguir la ruta marcada en el croquis.

No era mucha la distancia, aunque sí por zona poco urbanizada. El terreno hacia Atwood era muy accidentado. Pródigo en despeñaderos y oscuros barrancos. Un lugar ideal para romperse la crisma. Muchos de los senderos que conducían a los acantilados ya con indicaciones de prohibido el paso o anunciando la peligrosidad del acceso.

Brillaba una bonita luna en el negro manto del cielo. Una luna con majestuosa corte de parpadeantes estrellas.

Una deliciosa luna para amar... o morir.

Alan Skerritt tomó la bifurcación de Atwood. Los secuestradores habían seleccionado bien el terreno. En aquella explanada, incluso desde su salida del Brooke Waves, era fácil detectar si iba solo o acompañado. Cualquier vigilante desde un promontorio descubriría escolta en el vehículo.

Y fue a mitad del recorrido de Atwood.

Un súbito y cegador foco de luz surgió de entre los arbustos de la cuneta. Y al instante el rugir de un motor. La motocicleta se cruzó en la calzada obligando a Skerritt a un estridente chirriar de frenos.

—¡Buenas noches, hermano! —rió el de la motocicleta—. ¡Sígueme!

No esperó respuesta de Skerritt.

La motocicleta retornó a la cuneta enfilando por un estrecho sendero que serpenteaba por entre los arbustos. Un camino difícil de seguir con el Mercury.

Alan Skerritt comenzó a maldecir entre dientes.

Divisó The Beacon. En lo alto del montículo. El viejo faro semidestruido y abandonado. En la peor zona de los acantilados.

El individuo de la motocicleta se había detenido al pie del faro. Descendió de la máquina despojándose del casco protector. Había otro auto. Un Oldsmobile.

—Fin de trayecto, hermano. Ya puedes bajar.

Alan Skerritt contempló al individuo.

Joven. De unos veinticinco años de edad. Rostro caballuno. Nariz aguileña. La abundante pelambreira no ocultaba sus grandes orejas.

—¿Dónde está Nancy?

El individuo volvió a reír. Con los ojos muy brillantes. Como si estuviera drogado llevó su diestra a la zamarra de piel. Apoderándose de una Walther y aproximando el cañón a la

nariz de Skerritt.

—Fuera del auto, hermano.

Alan Skerritt obedeció.

Abrió la portezuela con violencia. Sin que el melenudo tuviera tiempo de retroceder, recibió el impacto cayendo aparatosamente. Soltó el arma, aunque de inmediato gateó por el suelo para recuperarla.

Skerritt no se lo permitió.

Ya había descendido del auto corriendo hacia el caído. Le aplicó un patadón en el estómago. El melenudo desorbitó los ojos. Como si le fueran a saltar de las cuencas.

Abrió la boca. Desmesuradamente. Falto de respiración.

Alan Skerritt se apoderó de la Walther.

Introdujo el cañón en la abierta boca del individuo.

—Una sola palabra y tragas plomo..., hermano. ¿Entendido?

El terror desencajaba las facciones del individuo. Abrió aún más la boca. Deseoso de alejar el cañón.

Skerritt apartó lentamente la automática, pero sin dejar de encañonar al individuo.

—En pie... Están en la casa, ¿no?

El melenudo movió afirmativamente la cabeza.

Alan Skerritt se parapetó tras el individuo aplicando el cañón a la nuca. Avanzaron hacia el ruinoso faro.

—Intenta algo y te vuelo la cabeza —susurró Skerritt, amenazador—. No lo olvides.

El melenudo empujó la puerta.

En el interior del faro había luz. La procedente de una potente lámpara de gas que colgaba de la pared. Iluminando la reducida estancia. Un par de colchonetas en el suelo. Una mesa con restos de comida y latas de cerveza. Dos individuos reclinados en las colchonetas. Dos individuos cortados por un mismo patrón. Melenudos, rostros alargados, ojos muy brillantes, vestimenta de piel...

Y en el fondo estaba Nancy. Arrinconada. Sentada en el primer peldaño de la escalera de caracol del faro.

—¡Por todos los...! —exclamó uno de los melenudos haciendo ademán de incorporarse.

—¡Quietos! —ordenó Skerritt, empujando al individuo que le había servido de escudo—. ¡Al que se mueva lo dejo seco!

Uno de los melenudos comenzó a reír. Su alargado rostro era extremadamente blanquecino. Contrastando con sus ojos amarillentos. Enfermizos. Unos ojos de brillo demente.

—Te has dejado sorprender, Ralph...

—Lo lamento, Colin. Yo no...

—Hacia la pared —interrumpió Skerritt, secamente—. ¡Los tres...! ¡Rápido!

Los dos melenudos se incorporaron de las colchonetas. Uno de ellos, el llamado Colin, tenía una Luger al alcance de su diestra. No se arriesgó a cogerla.

Los tres individuos se situaron frente a la pared.

—¿Te encuentras bien, Nancy? —preguntó Skerritt—. ¿Te han hecho algún daño? El rostro de la muchacha todavía reflejaba estupor. Sorprendida por todo aquello. Su voz sonó apenas audible.

—Estoy..., estoy bien... ¿Quién eres tú? ¿Un policía?

—No. Un simple enviado de tu madre. Nos vamos, Nancy. La pesadilla ha terminado. Te llevaré a casa.

La joven avanzó con torpe paso.

Alan Skerritt mantenía la mirada fija en los tres individuos. No se percató de que Nancy se inclinaba para coger la Luger de la colchoneta.

—Suelta esa pistola.

Skerritt quedó más sorprendido por la voz de Nancy que por el contacto del cañón en su espalda. Ladeó la cabeza. Lo suficiente para contemplar el rostro de Nancy. Muy sonriente. Y en su diestra la Luger.

CAPITULO X

El estupor de Alan Skerritt le impidió reaccionar. Cuando quiso hacerlo ya era demasiado tarde. Colin le había arrebatado la Walther. Seguidamente le cacheó arrebatándole el revólver que arrojó sobre la colchoneta.

—Maldito perro... Te creías muy listo, ¿eh?

Skerritt no respondió al melenudo.

Su mirada estaba fija en Nancy.

—Estoy un poco sorprendido.

—¿Un poco? —rió el llamado Ralph—. ¿Has oído eso, David? ¡Un poco...!

—Cierra el pico, Ralph —masculló Colin, con los ojos muy brillantes—. Eres el menos indicado para hablar. Te dejaste sorprender como un idiota. De no ser por Nancy...

—¿Dónde está el dinero? —preguntó la muchacha—, ¡El dinero entregado por mi madre!

Alan Skerritt esbozó una sonrisa.

—No hay dinero, pequeña ramera.

El movimiento de Colin fue rápido. Su diestra trazó un semicírculo. Golpeando con el cañón de la Walter el rostro de Skerritt. Este fue proyectado contra la pared, aunque sin llegar a caer.

Colin se le acercó.

Con el rostro desencajado.

—Tu nombre... ¡Tu nombre!

—Skerritt...

—Okay, Skerritt de los infiernos... Yo soy Colin Chase... Ellos Ralph Higgins y David Lasser... Ninguno de nosotros con sentido del humor. El dinero está en el auto, ¿cierto? —Sí...

Colin Chase rió.

Se separó de Skerritt unos pasos.

—Eso está mejor... Echa un vistazo al auto, David.

El melenudo salió a cumplir la orden.

—Colin... ¿qué vamos a hacer ahora? —dijo Nancy—. Yo misma me he descubierto para salvar la situación. El plan era fingir el secuestro sin que se sospechara de mí. Mi madre pagaba el rescate y yo quedaba en libertad. ¿Qué hacemos ahora?

—Tranquila, Nancy —intervino Alan Skerritt—, No me has

sorprendido del todo. No estoy a sueldo de tu madre. He investigado por mi cuenta. Me dejó perplejo esa facilidad de poder entrar y salir del bungalow para dejar las cartas sin ser molestados por los agentes de vigilancia. Llegué a una conclusión. Esos dos sobres con las instrucciones ya estaban allí antes del secuestro. Tú misma te encargaste de colocarlos. Uno bajo el trampolín y otro tras el espejo, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas —sonrió la muchacha—, Colin me entregó los sobres y yo me limité a esconderlos. Tenía el teléfono de una de las doncellas externas. Ella nos servía de enlace. Imagino el susto de la pobre al recibir la llamada de Colin.

Skerritt dirigió una despectiva mirada a la joven.

—También hablé con Slim Connelly. Confesó que en principio se había interesado por ti, pero que pronto descubrió cualidades muy poco recomendables. Una de ellas tu inclinación hacia las drogas. Slim Connelly se decidió entonces por Marilyn Kinsley.

Nancy enrojeció.

—¡Ella me lo quitó! ¡Fue Marilyn quien dijo a Slim que yo era una drogadicta! ¡Se lo dijo a Slim!

—Lo sé. Slim y Marilyn trataban de ayudarte. De alejarte del abismo. Eran tus amigos, Nancy. Simplemente trataron de ayudarte.

—¡Ella me arrebató a Slim!

—Lo pagó con creces —dijo Skerritt, con dura voz—. ¿De quién fue la idea del secuestro, Nancy? ¿Tuya o de tus amigos?

Colin Chase sonrió con suficiencia.

—Fue plan mío. La heroína es muy cara. Yo no tengo dinero. Nancy poco puede sacarle a su vieja... De ahí que convenciera a Nancy para planear su propio secuestro. —¿También fue idea tuya el golpear y violar salvajemente a Marilyn Kinsley?

—¡Oh, no! —rió ahora Colin Chase—. Eso fue de la cosecha de Nancy. Quería castigar a su amiguita. Fue un placer hacerlo, ¿verdad, Ralph?

—¡Seguro...! ¡Una jovencita de la alta sociedad para tres basuras!

Nancy también sonrió.

—Sí... Resultó divertido... Yo simulaba estar siendo atacada en el auto... Mis gritos eran de júbilo. Ordené a Colin que golpeará en el rostro de Marilyn... que la desfigurara...

Slim ya no volvería a mirarla...

Entró David Lasser portando la maleta de piel.

—No he podido abrirla, Colin... Tiene un doble cierre de seguridad.

Colin Chase apretó el gatillo de la Walther. Destrozando la cerradura de un balazo. La maleta se abrió. Descubriendo los recortes de periódicos.

—Maldita sea tu estampa... ¡El dinero! —gritó Colin Chase con el rostro transfigurado—.

¿Dónde está el dinero?

—No hay dinero, hermanos. La señora Mills no paga.

—¡Está mintiendo! —exclamó Nancy—. ¡Mi madre no dudaría en entregar los cincuenta mil dólares!

Skerritt arqueó las cejas.

—¿Cincuenta mil...? ¿Eso te han dicho, Nancy? Pobre ilusa... Ahora comprendo el doble juego. Tus amigos te han sentenciado, pequeña ramera.

—¿Qué quieres decir?

—El rescate es de medio millón de dólares, Nancy. Eso es lo que han pedido a tu madre. No te molestaste en abrir los sobres, ¿verdad? Tal como te fueron entregados por Colin los colocaste. Grave error.

Una mueca de estupor se reflejó en el rostro femenino. Contempló alternativamente a los tres melenudos. Ralph Higgins arrebató la Luger de manos de la joven.

—¿Es..., es cierto eso, Colin?

—¿Nos íbamos a molestar por cincuenta mil? ¡Tu madre está podrida de dólares! ¡Incluso medio millón es poco para ella! ¡Registrad el auto, maldita sea...! ¡Tiene que estar ahí el dinero! ¡Registradlo todo!

Ralph Higgins y David Lasser abandonaron el faro.

—Colin...

—¡Aparta! —Chase rechazó violentamente a la muchacha—. Empieza a rezar, Nancy. Si no está el dinero...

Alan Skerritt chasqueó la lengua.

—Todo lo contrario, Nancy. Si está el medio millón es cuando te sentencian a muerte. Se largarán de aquí. Y sin dejar testigos.

—Es una broma... No puede ser cierto... fijamos los cincuenta mil... para comprar droga... Tú fijaste la cantidad, Colin... Mi madre no puede pagar medio...

—¡Está aquí, Colin! —gritó una voz desde el exterior—. Lo hemos encontrado.

Aquella agradable noticia hizo que Colin Chase desviara momentáneamente la mirada hacia la puerta. Lo suficiente para Skerritt. El primer puntapié fue dirigido a la mano derecha de Colin Chase, obligándole a soltar la Walther. Luego un segundo patadón. Al bajo vientre.

Colin Chase se dobló.

Y Alan Skerritt aprovechó para aplicarle un rodillazo en el rostro. Se escuchó un espeluznante crujir de huesos rotos.

Colin Chase se desplomó sangrando por la boca y nariz.

Llegaron Ralph Higgins y David Lasser.

Skerritt se había apoderado de la Walther. No disparó. Se lanzó sobre Higgins. Un trallazo con la culata en la boca del melenudo. Ralph Higgins comenzó a escupir dientes.

David Lasser, que parecía abrazado a la bolsa de lona, soltó el dinero para atacar a Skerritt. Este se ladeó con agilidad. Primero la zurda. Al estómago de Lasser. Y luego, con el cañón de la automática, dos repetidos golpes en la cabeza.

Colin Chase gateaba hacia la colchoneta para apoderarse del revólver.

Posición ideal para que Skerritt le propinara un patadón en la cabeza. Con el punto de mira de la Walther comenzó a golpearle en el rostro. Trazando sanguinolentos surcos.

Se percató de que Ralph Higgins, después de escupir dientes, intentaba escapar. No lo consiguió. Skerritt empujó la mesa haciendo tropezar al melenudo. Higgins cayó aparatosamente. Skerritt ya no le permitió levantarse. Se dedicó a pisotearle la cabeza contra el suelo.

Nancy gritaba histérica en uno de los rincones. Contemplando horrorizada cómo Alan Skerritt culminaba su obra. Los tres melenudos en el suelo. Sin sentido. Convertidos en piltrafas.

Y una sonrisa en el rostro de Skerritt.

Había cumplido su promesa a Marilyn Kinsley.

EPILOGO

Marty Keaton resopló con fuerza.

—¿No lo comprendes, Alan? Está todo contra ti. Sigue mi consejo y rectifica tu declaración.

—No has debido molestarte en venir hasta mi apartamento, Marty; pero te lo agradezco.

Eres un buen amigo.

El agente del FBI fingió ignorar la ironía de Skerritt.

—¿No piensas rectificar?

—No. Nada tengo que rectificar. He dicho la verdad de los hechos. Nancy es cómplice de su propio secuestro y ordenó la paliza y violación de Marilyn Kinsley. Esa es la verdad. Aunque Nancy lo niegue.

—No sólo Nancy. Están ellos, Alan. Los tres. Chase, Higgins y Lasser. Corroboran las palabras de Nancy. Afirman que lo planearon ellos. Sin mediación alguna de Nancy.

Skerritt sonrió.

—Por supuesto. Ese es el poder de los dólares de Paula Mills. Les ha pagado el silencio. Un buen puñado de dólares para cuando salgan libres. También les ha prometido el mejor abogado.

—También tú vas a necesitar abogado, Alan. La señora Mills te acusa de haberte quedado con veinte mil dólares. Esa cantidad falta del medio millón que te fue entregado para pagar el rescate.

—Ya he dicho adónde fue ese dinero. No me entregaron quinientos mil dólares. Donnald Gibson se encargó de retirar veinte mil. Los que necesitaba para pagar a Keith Howard.

—He interrogado a Howard. Y lo niega.

Skerritt empuñó los ojos.

—Tiene gracia... El FBI dando crédito a la palabra de Keith Howard... Sí... Resulta divertido.

Sonó el llamador de entrada al apartamento.

Skerritt se incorporó del sillón.

—Adiós, Marty. Espero visita. Me voy de *week-end* a la montaña. A respirar aire puro. Todo esto está muy contaminado.

—Te advierto...

—Tranquilo —interrumpió Skerritt, secamente—. No pienso huir. Jamás he dado la espalda. ¡Y ahora déjame en paz! Keaton fue casi empujado hacia el living.

—Eres un poco diablo, Alan. Tal vez sea cierto todo cuanto dices, pero no se puede luchar contra corriente. Acepta las condiciones de Paula Mills. Te ofrece un magnífico empleo en la UHM y...

Skerritt ya había abierto la puerta del apartamento.

—¡Alan...! ¡Ha ocurrido algo...! —Jessica enmudeció al ver al agente del FBI—. Disculpa.

Skerritt sonrió.

—El amigo Keaton ya nos dejaba. Adiós, Marty.

Marty Keaton fue casi arrojado del apartamento.

—Hola, amor.

—¡Oh, Alan...! Voy a...

Jessica volvió a ser interrumpida. Ahora con un apasionado beso de Skerritt. La tomó por los hombros conduciéndola hacia el salón.

—Ya tengo todo preparado, Jessica. Nos vamos a la montaña ahora mismo. Será un fin de semana maravilloso.

Jessica abrió su bolso de mano tendiendo un papel a Skerritt. Un cheque. A nombre de Alan Skerritt. Por valor de veinticinco mil dólares.

—¿Qué..., qué es eso?

—Te lo envía Ryan Kinsley. Y también pone a tu disposición al mejor abogado de Florida. Los Kinsley sí creen en tu versión de los hechos, están dispuestos a llegar hasta el final. El abogado es Randy Robbins. ¡Randy Robbins, Alan...! Dice que hay muchos puntos oscuros. Que le resultará fácil demostrar la complicidad de Nancy. Y también lo de los veinte mil dólares. Demostrará las relaciones de Gibson con Keith Howard que...

Alan Skerritt volvió a silenciar a la muchacha.

Con un nuevo beso.

—Vamos a la cabaña, Jessica... Tú y yo solos... Sólo tú me importas...

—Pero... déjame seguir... El señor Kinsley, el padre de Marilyn, dice...

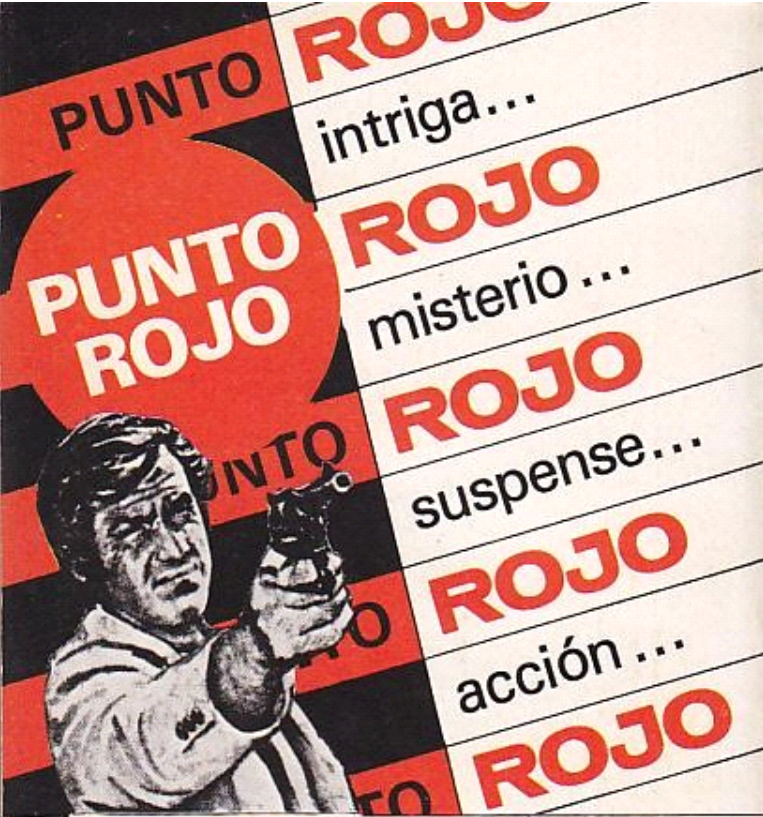
—Todo eso puede esperar, Jessica. No me preocupa. Sólo tú me importas.

La joven sonrió.

—¿Sabes una cosa, Alan? Eres un hombre único. ¡Y te quiero!

Poco más tarde emprendían camino hacia la solitaria cabaña de las montañas. Felices como el mismísimo The Phantom y su Diana Palmer camino de la selva profunda.

FIN



PUNTO ROJO
intriga...

PUNTO ROJO
misterio...

PUNTO ROJO
suspense...

PUNTO ROJO
acción...

PUNTO ROJO

1 1 7 3 6

9 788402 025135

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España